



**Instituto
Superior de
Estudios de la
Familia**

**ESTUDIO DE LA AUTONOMÍA EN
EL DESARROLLO INDIVIDUAL Y FAMILIAR**

T E S I S

**QUE PARA OBTENER EL GRADO DE:
MAESTRÍA EN TERAPIA FAMILIAR**

P R E S E N T A :

MARCELA VILLARREAL LOOR

MÉXICO, D. F.

2012

Con reconocimiento de Validez Oficial de Estudios de la Secretaría de
Educación Pública. Según acuerdo No. 974201 de fecha 18 de Julio de 1997.

I N D I C E

INTRODUCCION	1
---------------------------	----------

CAPITULO

I. Desarrollo de concepto de autonomía desde algunos teóricos del Psicoanálisis.....	7
1.1 Margareth Mahler.....	8
1.2 Peter Bloss.....	21
1.3 Erick Erickson.....	30
II. Autonomía y Desarrollo familiar.....	43
2.1 Autonomía, cultura y género	72
III. Autonomía y Sistema Terapéutico	83
IV. Reflexiones finales	97
V. Bibliografía.....	107

INTRODUCCION

El concepto de autonomía se ha estudiado desde la antigüedad en la Filosofía y más recientemente en la Psicología. En el ámbito filosófico se integra entre las disciplinas que estudian la conducta humana (Ética, Ley Moral, Autonomía de la voluntad), mientras que en el ámbito de la Psicología cobra especial importancia en el estudio de la Psicología Evolutiva.

Para la filosofía Kantiana la persona moral es aquella que tiene criterios propios y es coherente con ellos, es decir, tener la capacidad para determinar por sí mismo (auto) las normas o criterios (nomos) que rigen en la propia vida. (Comte-Sponville, 2005). También se emplea con referencia a personas significando la facultad para gobernar las propias acciones, sin depender de otro (M. Moliner, 2008).

Para la Psicología Evolutiva, el término autonomía ha sido desarrollado principalmente por Piaget y Kohlberg poniendo especial interés en la autonomía moral.

El objetivo de este estudio prioriza la perspectiva psicológica sobre la filosófica y la biológica conectando el desarrollo de la autonomía desde lo individual a lo familiar y lo socio-cultural, con el propósito de complejizar el tema y ofrecer una comprensión más completa sobre este proceso.

En el diplomado de Terapia Individual Sistémica que cursé en el ILEF se hizo énfasis en la importancia de integrar los aspectos intrapsíquicos, interpersonales y contextuales con el propósito de enriquecer el trabajo clínico. Este diplomado focaliza la importancia de una visión compleja para el entendimiento de las conductas del ser humano.

La idea de hablar sobre la autonomía surge en la clínica durante mi formación como terapeuta sistémica en el ILEF, en donde atendí a un par de jóvenes. En el caso de una de ellas, su demanda era, en palabras de la consultante, “ayudarle a romper con su familia” ya que de ese modo ella se sentiría liberada, adulta y podría hacer su propia vida. En el segundo caso, la chica había decidido mudarse al D.F. Decidió trabajar para solventar sus gastos y realizar sus proyectos personales pero se sentía angustiada, necesitaba a su familia cerca y la desorganizaba y deprimía sentir tanta responsabilidad. A lo largo de las sesiones observé que la dificultad para lograr la autonomía no solamente era una cuestión de su historia personal y familiar sino también intervenían otros aspectos sociales y de su contexto. Ahora, ¿cómo abordar el problema? De ahí pensé en la importancia de establecer puentes que conectaran los diferentes aspectos y ofrecer una visión más compleja sobre el tema. Con esto en mente, me enfoqué a la tarea de revisar los aspectos individuales, familiares, sociales, culturales y de género que rodean el tema de la autonomía.

Otra motivación para hablar sobre este tema fue personal, dado el momento de ciclo vital por el que atravieso. Vivir la etapa de hijas adultas jóvenes, con expectativas profesionales y personales separadas a la vida familiar me generó una serie de sentimientos que se conectaron con mi proceso personal de autonomía. Cuestioné lo que significaba “desprenderse del hogar” y las diferentes formas de hacerlo. Me pregunté sobre el grado en que los padres contribuyen a este proceso o bien, si solamente simulan una autonomía en relación a los hijos que está lejos de serlo. Y ¿el contexto? ¿cómo logran los jóvenes probarse ellos mismos si las oportunidades de trabajo y el alto costo de vida los mantiene “subsidiados” por otros, ya sea los padres,

los suegros o su entorno? Y ¿cómo influye el hecho de ser mujer u hombre para ser catalogados como independientes y autónomos?

Con estas preguntas en mente inicio la investigación teórica sobre el tema de la autonomía, la cual es una categoría general de la que se desprenden diferentes términos: “destete”, “individualización”, “desprendimiento”, “separación-diferenciación” dependiendo de los diferentes autores.

En el campo de la Psicología del Desarrollo Psicosocial, Erickson propuso el término autonomía en 1950 para referirse a un periodo en el desarrollo de la personalidad que comprende entre los 18 meses y los tres años de edad en la cual los niños logran un equilibrio entre la autodeterminación y el control de otros.(Erickson, 1950). Piaget también citó el término autonomía dentro del desarrollo del pensamiento moral (Piaget, 1932; Piaget e Inhelder, 1969). Para este autor, la autonomía estaba relacionada con aspectos de maduración moral en donde existe una aceptación de reglas que pueden ser modificables. El tránsito de un razonamiento heterónomo a un razonamiento autónomo se da en la pubertad. Para el niño existen reglas que deben cumplirse al pie de la letra porque la autoridad lo ordena y no caben excepciones ni discusiones. Esta autoridad (padres y adultos) no da razones de las normas impuestas. Lo contrario sucede en el momento en que el joven logra someter a interpretación las reglas por lo tanto a excepciones y objeciones. Explico brevemente este modelo sobre la heteronomía porque es una buena explicación para abordar las relaciones poco autónomas que se establecen entre las personas. Chacón (2006) en su tesis sobre el desarrollo moral según Piaget explica que el modelo heterónomo es autoritario. La persona evidencia la fuerte tendencia al uso ambivalente de la sumisión

y la dominación en las relaciones sociales. Se tiende a actuar sumisamente con aquéllos considerados como superiores, aceptando su dominación como natural y a veces simultáneamente a ejercer la dominación sobre aquéllos considerados inferiores o subalternos, a quienes se exige sumisión, también como respuesta “natural”. Esta idea es interesante ya que puede ejemplificarse en la tendencia a aceptar las diferentes formas de violencia como una manera lícita de solución de conflictos dado este razonamiento heterónomo. Piaget señala que la heteronomía es considerada una ética primitiva en donde se da como resultado las características del autoritarismo. La autonomía, por el contrario, desde el razonamiento ético-moral, se caracteriza por el uso sistemático y recurrente de actitudes y comportamientos como la internalización, la responsabilidad subjetiva, la equidad, la cooperación y la solidaridad entre otras.

Fuera del campo de la Psicología se habla de autonomía como un proceso “natural” que se logra en la etapa adulta. Esta idea puede tener validez o no, ya que en el campo de la salud, la autonomía no sólo se entiende como la suma de ciertas conductas esperadas sino que enfoca los procesos mentales desarrollados que implica ser autónomo.

Los enfoques teóricos sistémicos y las escuelas de Terapia Familiar que surgen en los años 50`s aportaron una visión diferente a las anteriores permitiendo ampliar el entendimiento del logro de este proceso. Señalaron que el proceso de individuación no sólo puede ser resultado de procesos mentales internos sino que involucraba elementos del mundo externo que incluye estilos de relaciones interpersonales vinculados con el contexto. Esto ha permitido tener una mejor comprensión de lo que el concepto de autonomía significa y la forma en que se refleja en nuestra manera de

actuar, sentir y pensar y por lo tanto ofrece una complejidad al tema, al mismo tiempo que apoya la idea de que no hay una sola definición de autonomía ni una sola teoría que ofrezca su entendimiento.

Retomo la idea de Stierlin (1994) quien señala la autonomía como un desarrollo que atraviesa la persona en donde le permite avanzar hacia una individuación. Esta individuación incluye aspectos del mundo interior (necesidades, fantasías, sentimientos, sueños, expectativas) que dan un sentimiento de identidad, junto con la capacidad de delimitarse frente a otros significativos (familia, pareja, amigos). La individuación exige reconocer múltiples dependencias no sólo de otras personas sino familiares, sociales, económicas, educativas, institucionales. Podría decirse que la autonomía es un procesos relacional.

¿Qué pretendo en este trabajo? En este trabajo me propongo hacer una revisión teórica del concepto de autonomía visto desde la Psicología empezando por la visión psicoanalítica de desarrollo y continuando en capítulos posteriores con la visión sistémica familiar de los teóricos Bowen, Stierlin, Borzomeny-Naggy, Andolfi, Minuchin y Haley. Me parece importante profundizar en el estudio de la autonomía para entender su complejidad y poder aplicar esta comprensión al trabajo clínico.

¿Cuál es la relevancia de este estudio? La importancia de este trabajo radica en poder brindar una visión extensa sobre el tema que pueda utilizarse en investigaciones posteriores.

¿Qué ofrece esta visión? Proporcionar un recorrido desde la visión psicoanalítica hasta la sistémica, incluyendo la familia, el contexto y el género, esclarecer la comprensión de este concepto y proporcionar una visión circular en donde

la autonomía apoya al desarrollo y viceversa. Considero que toda revisión bibliográfica que arroje diferentes puntos de vista sobre un mismo tema ofrece múltiples criterios para pensar acerca del fenómeno que se describe, por ejemplo se podrá comparar unas ideas con otras, concluir, analizar los aspectos polémicos o generar nuevos desarrollos teóricos. Este trabajo no es exhaustivo en cuanto a ahondar en todos los desarrollos teóricos sobre el tema, sin embargo intenta incluir teóricos de algunas de las principales escuelas de terapia familiar que consideré relevantes para la comprensión del tema.

¿Cuál es la importancia y utilidad de este estudio para el trabajo clínico?

Ésta radica en invitar al terapeuta a focalizar desde qué perspectiva está entendiendo la autonomía ya que de ahí depende su aplicación al trabajo clínico; además, centra su atención y la de los consultantes, en los procesos de diferenciación y favorece la toma de responsabilidades para el crecimiento y adaptación tanto individual como de grupos a los que pertenece.

Por último quiero justificar por qué tomo teorías intrapsíquicas y sistémicas. Considero que la autonomía es un desarrollo que ocurre en la persona y en la relación con las personas con las que convive. Este estudio quedaría limitado si sólo se aborda al individuo dejando de lado el contexto o si sólo se toma en cuenta el contexto y olvidamos al individuo, es decir, si separamos la coexistencia de una visión intrapsíquica y una sistémica.

Escribir y desarrollar las diferentes ideas de los autores revisados no ha sido fácil. Agradezco la ayuda de mi supervisora de tesis que me acompañó en el análisis y redacción de las ideas que a continuación presento.

CAPITULO I: DESARROLLO DEL CONCEPTO DE AUTONOMIA DESDE ALGUNOS TEORICOS DEL PSICOANALISIS.

Inicio este capítulo con las aportaciones sobre el desarrollo infantil de Margaret Mahler (Mahler, 1952) psicoanalista austriaca, quien desarrolla una teoría basada en el vínculo que forman la madre con el hijo y focaliza la etapa de separación-individuación como una etapa central en el logro de la diferenciación y autonomía del niño. Su teoría sobre el desarrollo refleja la influencia de Piaget, Winnicott y Spitz; continúo con Peter Bloss (Bloss, 1980) considerado un autor importante en el tema del desarrollo de los adolescentes quien aporta la idea del “segundo proceso de individuación” en la adolescencia como parte fundamental para el logro de la autonomía emocional y por último retomo a Erick Erickson cuya teoría sigue vigente en relación a las fases del desarrollo psicosocial y focaliza la importancia del contexto en el logro de la identidad (Erickson, 1968).

A continuación, haré una puntualización de la visión sobre los diferentes dilemas que se generan en el desarrollo por los que atraviesan las personas para el logro de un proceso de separación-diferenciación que dé como resultado final una autonomía emocional. Mahler se enfoca en los primeros tres años de vida; Bloss enfoca la etapa de la adolescencia como segundo momento de separación y Erickson aporta la importancia de los cambios de tipo psicosocial para el desarrollo de la identidad señalando que la autonomía se va construyendo a lo largo de todo el ciclo vital. Bloss y Erickson mantienen la línea de análisis acerca de que el vínculo y lo social tienen un lugar importante en el desarrollo.

Mi invitación es que a través de este capítulo, se revisen ideas con respecto al desarrollo del proceso de la autonomía para luego relacionarlas con la visión sistémica en relación al desarrollo familiar y finalmente continuar con esta cadena integrando ideas no sólo personales sino también socioculturales, políticas y de género.

I.I- PUNTOS DE VISTA DE M. MAHLER SOBRE EL DESARROLLO.

Los aportes de Mahler están centrados en su propuesta sobre el desarrollo emocional que abarca los primeros años de vida. Dividió el proceso desde el nacimiento hasta alrededor de los 3 años en diferentes fases de acuerdo a la maduración del infante. Antes de la fase de separación-individuación, señaló que en los primeros tres meses el niño atraviesa por una fase de autismo y simbiosis que consideró normales, iniciándose sólo hasta después de los tres meses el desarrollo psicológico del niño con la fase de separación-individuación, fase que compara con una especie de segundo nacimiento o “ruptura de cascarón”. Planteó también una explicación en cuanto a la diferencia entre separarse e individuarse y señaló que la diferencia consiste en que la separación emerge del vínculo emocional del niño con su madre (Mahler, 1952), en tanto que la individuación implica los logros que el niño va teniendo a medida que él asume y desarrolla sus características individuales a través del desarrollo neurofisiológico. La diferencia que hace con relación a estos dos conceptos se relaciona al énfasis que da a que ambos desarrollos, biológico y psicológico no coinciden en el tiempo sin embargo ambos procesos se traslapan. También señala que a diferencia del desarrollo biológico que es observable, el desarrollo psicológico es un proceso interno, con un ritmo diferente y es a través de

las conductas que observamos que inferimos este proceso. Esto se puede observar en el inicio del kinder en los niños en donde se presentan conductas opuestas. Podemos darnos cuenta cómo para algunos niños la entrada al kinder se presenta de forma tranquila y aceptada mientras que en otros esta situación les genera angustia, llanto, irritación y dificultad para adaptarse.

Toda su teoría está basada en las investigaciones que desarrolló desde 1949 con relación a los orígenes de la psicosis infantil. Las hipótesis en relación a los niños psicóticos y sus madres, la llevó a la necesidad de realizar estudios comparativos con niños normales y sus madres. El desarrollo de estos estudios dio como resultado la elaboración conceptual sobre el proceso normal o casi normal de la separación-individuación.

Mahler incorpora en su teoría del desarrollo el concepto de adaptación y el de relaciones objetales. Señala que la adaptación tiene que ver con la plasticidad del niño de acoplarse a su ambiente, independientemente del estilo y maneras de relación de la madre, es decir, el niño es mucho más maleable que la madre. Este punto sobre la adaptación cobra mayor importancia para ella en las primeras fases del desarrollo más que el enfoque metapsicológico. En cuanto a las relaciones objetales, éstas se modifican a lo largo del desarrollo y los logros en la separación-individuación, van dando la pauta para observar el proceso de autonomía. También deja en claro lo importante de algunas definiciones básicas para entender su teoría como son el concepto de “separación” el cual se refiere “al logro intrapsíquico de un sentimiento de separación de la madre y a través de éste, de separación del mundo en general (Mahler, 1975, p. 14), el término “simbiosis” que se refiere a “.un rasgo de la vida

cognitivo-afectiva primitiva en donde no ha ocurrido la diferenciación entre el sí-mismo y la madre.”(idem. p. 15) y el término “identidad” que se refiere a “la conciencia mas temprana de un sentimiento de ser, de entidad...y como tal, constituye la primera etapa del proceso de despliegue de la individualidad”(idem. p. 15).

La idea de que existe una diferencia entre separarse e individuarse se conecta con el tema de la autonomía porque muestra que existen dos desarrollos, físico y emocional, que no precisamente van de la mano. La autonomía no es algo que se alcanza en un tiempo cronológico sino que incluye un tiempo interno que Mahler conecta con el mundo de las relaciones interpersonales. Su enfoque, toma en cuenta el ambiente y los vínculos reales con las personas significativas y amplía la visión de que en los procesos internos, como es el caso de la autonomía, los factores ambientales son de gran importancia.

FASE DE SEPARACION-INDIVIDUACION:

Para el desarrollo de este capítulo me centro en la fase llamada separación-individuación, que, dada su complejidad, es subdividida en cuatro subfases:

a)Diferenciación.

b)Ejercitación locomotriz.

c)Reaproximación ó Reacercamiento.

d)Consolidación de la individuación y los comienzos de la constancia objetal emocional.

Focalizo el desarrollo normal y no el patológico con respecto a cada subfase.

En su libro *El nacimiento psicológico del infante humano* (Mahler, 1977) se describen las fases por las que pasa el desarrollo psicológico y emocional del niño. Como señalé anteriormente, antes de esta “ruptura de cascarón” el bebé se vive a sí

mismo y vive al mundo totalmente indiferenciado. Alrededor del cuarto o quinto mes de edad, se inicia un proceso en el que el niño empieza a advertir no sólo el mundo que lo rodea, sino sus propios límites corporales. El elemento que organiza este proceso es la presión maduracional.

A.- Subfase de Diferenciación:

En esta primera subfase la observación de pautas conductuales (a través de la visión, el tacto, la postura) marcan el inicio de un proceso de diferenciación del bebé con respecto a su madre. Hacia el quinto o sexto mes de vida el bebé disminuye su dependencia corporal con respecto a ella a través de su capacidad de desplazarse gateando, trepando, arqueándose para poder observarla, así como una serie de conductas exploratorias como son estirar el cabello, tocar las orejas y nariz de la madre, entre otras. Esto es posible debido a que el bebé pasa más horas despierto y este estado de vigilia le permite actividades más hacia el exterior.

La “ruptura del cascarón” está relacionada con el sistema perceptual que en una forma gradual va permitiendo al bebé tener un sensorio más alerta cuando está despierto. Esta observación del bebé de estar más alerta y más orientado hacia fines, hizo pensar que el bebé estaba en un estado diferente. Desde un punto de vista conductual, una observación que marca la diferencia entre la fase simbiótica y ésta es la aparición de la sonrisa específica del bebé ante el rostro o la voz de la madre. La sonrisa específica indica que reconoce a su madre y por lo tanto, que su imagen ha sido catectizada como un objeto libidinal. Compara los rasgos del rostro del extraño con el de su madre, provocándole estos últimos, una marcada ansiedad. Esta sonrisa específica es un signo que no solo señala que se ha establecido un vínculo específico entre el bebé y la

madre sino que también se hace la conjetura de que hay un proceso interno que ha empezado a demarcar un Yo respecto a “otro”. Esta conjetura en donde se infiere que se está formando el “nucleo del Yo” se apoya en otras conductas como son la forma en que se distancia y amolda al cuerpo de la madre, el tacto que le permite ir formando límites entre su cuerpo y el de la madre, la diferenciación de temperatura y olor con respecto a su cuerpo y el de otro. Esta ruptura en sentido corporal se acompaña de una pauta visual de “verificación de la madre” (diferenciar quién es la madre y quién no es) y es un signo más del comienzo de la diferenciación somato psíquica.

Algunos aspectos que pueden retrasar o perturbar el proceso de diferenciación son aquellas conductas madre/bebé que se establecen en la fase anterior simbiótica. En las investigaciones realizadas por Mahler y su equipo señalan una serie de factores externos e internos que combinados marcan dificultades en este proceso. Por ejemplo situaciones familiares como sobrecarga económica, pérdidas importantes imprevistas como muerte de alguno de los padres, accidentes, separaciones, divorcios que influyen en los estados de ánimo de la madre, ya sea de indiferencia hacia el bebé o depresión que no le permite ser empática ni conectarse con las necesidades de éste, ambivalencia en los roles de la madre, sofocamiento o engolfamiento entre otras. En cuanto a factores internos del bebé, se observa una dificultad del bebé de dar respuestas concretas a la madre aun y cuando ésta esté dispuesta a atenderlo.

Resumiendo, podría decir que en esta primera subfase se combinan los factores constitucionales del niño relacionados con las fortalezas y debilidades con las que nace y el aspecto interpersonal refiriéndome al vínculo con la madre en donde el rol de ésta cobra gran importancia para el logro hacia la autonomía.

Antes de entrar a la segunda subfase de ejercitación, es importante volver a señalar la diferencia que hace Mahler entre el proceso intrapsíquico de separación y el de individuación en el sentido de que ambos procesos coexisten.

B.- Subfase de ejercitación psicomotriz.

Esta subfase transcurre entre los ocho o nueve meses y los quince meses de edad y se divide a su vez en dos etapas: la primera llamada ejercitación temprana que inicia con la posibilidad de gatear y trepar pero agarrado de la madre y otra llamada ejercitación propiamente dicha en donde el bebé camina por sí solo. De nuevo se sigue teniendo en mente, los desarrollos interrelacionados observados en la subfase de diferenciación: diferenciación corporal, vínculo específico con la madre y el desarrollo de las funciones autónomas del Yo, pero generándose círculos más amplios.

¿Cuáles son los puntos centrales de esta subfase? En primer lugar la capacidad motriz cada vez mayor del niño que genera diferentes conductas y emociones y que modifica el vínculo madre-hijo. Por un lado la madre puede sentirse aliviada por no tener un bebé tan dependiente ni frágil y esto la pueda llevar a tratar de exigirle conductas autónomas que provocan un monto importante de ansiedad en el bebé; por otro lado el niño a través de su capacidad motora puede explorar su ambiente y estar absorto en su curiosidad por descubrir cosas nuevas pero también aparece la ansiedad de separación. Esta situación de ansiedad, lleva al niño a regresar y reabastecerse emocionalmente de la madre para luego poder emprender de nuevo la separación. Se podría ejemplificar esto como la necesidad de “cargar gasolina” y luego partir. En este ir y venir del niño de un año la empatía de la madre juega un papel

importante en el sentido de captar las necesidades del niño y responder a ellas dejando a un lado sus propias necesidades y miedos.

Resumiendo, en esta subfase se modifica el vínculo con la madre y, aunque el desarrollo innato empuja a la individuación, el proceso de separación es acompañado por una ansiedad de separación que logra superarse con el reabastecimiento físico y emocional de la madre. Algunas dificultades pueden observarse en situaciones externas como hospitalizaciones del niño o de la madre en donde es importante la presencia de figuras substitutas que puedan reabastecerlo. Considero que situaciones extremas de separaciones muy prolongadas como abandonos o desconexión total de las necesidades del niño puede generar estados internos de mucha desorganización y desintegración de identidad.

C.- Subfase de reacercamiento.

Ésta comienza cuando el niño ya es capaz de caminar y dura aproximadamente desde los catorce meses hasta la mitad del segundo año. En la fase anterior de ejercitación había una relativa falta de interés por la presencia de la madre pero ahora, el interés por saber dónde se encuentra se incrementa y genera una conducta activa de acercamiento. Se podría pensar que conforme el niño va adquiriendo una mayor capacidad para poder realizar por él mismo actividades, al mismo tiempo hay una ansiedad de sentirse separado que lo lleva de nuevo a buscar al objeto de amor, no para recargarse emocionalmente sino como alguien con él que quiere compartir sus logros. El proceso del reacercamiento es gradual y se divide en tres partes: el comienzo del acercamiento, la crisis del acercamiento y por último las soluciones individuales que dan por resultado pautas y características de personalidad.

Como lo señalé anteriormente, el desarrollo motor y cognitivo son organizadores importantes para cada fase. En el caso del acercamiento, la locomoción vertical permite al niño desplazarse a distancias más grandes y hacer consciente su separación física. El desarrollo cognitivo permite en esta fase las representaciones a través del juego simbólico. El lenguaje va a jugar también un papel muy importante ya que gracias a éste, el niño puede nombrar objetos y deseos que le dan un sentimiento mayor de poder controlar su ambiente. Junto con esto, hay una actividad interna importante que va a marcar de nuevo el estilo de vínculo que va a establecer el niño con su madre y otras personas significativas. Por ejemplo, en el comienzo del acercamiento la necesidad del niño de compartir con su madre sus descubrimientos muestra un estilo de relación en donde por un lado se convierte en la sombra de ella que significa una constante vigilancia de los movimientos de ella para saber dónde está y por otra una huida de ella con el deseo de que lo reencuentre ó el miedo de que lo absorba o aprisione. Esta relación lo lleva a darse cuenta que su mamá tiene necesidades y deseos diferentes a los de él y por lo tanto separados. Los afectos que se observan son el negativismo hacia la madre, tristeza ante la ausencia de la madre que lo llevan a defenderse con hiperactividad ó conductas inquietas, berrinches y rabia impotente. Cuando en este proceso aparece la crisis de acercamiento, el conflicto está entre el deseo de estar separado y ser grande y omnipotente contra el deseo de hacer que la madre satisfaga todos sus caprichos y necesidades como sí ésta fuera una extensión de sí mismo y negara la separación. Se habla de una ambivalencia que es el deseo rápido de alejar a la madre y por otro lado aferrarse a ella. Este movimiento interno de deseos y miedos se reflejan en conductas de timidez ante

situaciones anteriormente conocidas, rápidos cambios de estado de ánimo con berrinches o dificultad para despedirse y separarse de la madre.

Las reacciones de la madre hacia su hijo en este rápido proceso de individuación y el tipo de comunicación que mantenga con él en este periodo de reaceramiento, son una de las mejores claves para estimar la normalidad o la desviación de la normalidad en el proceso de separación-individuación.

Es así que en la “crisis de acercamiento”, podríamos decir que los sentimientos encontrados se refieren básicamente al deseo de estar cerca y fundido con la madre y al temor de esta fusión.

El mantenimiento de una distancia óptima de la madre parece posibilitado por algunas precondiciones básicas:

- 1) El desarrollo del lenguaje que le permite expresar deseos, nombrar a personas familiares y emplear el pronombre yo y mío.
- 2) El proceso de internalización como actos de identificación con la madre y el padre “buenos” así como también con las reglas y exigencias.
- 3) La expresión de deseos y fantasías a través del juego simbólico, así como el uso del juego para fines de dominio.

El punto de la internalización de los padres buenos alivia por un lado el temor de la pérdida de objetos pero se complica porque también se internalizan las reglas y exigencias de los padres que no sólo indica el comienzo del desarrollo del Superyo sino que aparece el temor de perder el amor del objeto, es decir, el amor de papá y mamá por sus desaprobaciones.

D.- Subfase de la consolidación de la individuación y comienzos de la constancia objetal.

La principal tarea de esta subfase es el logro de una individualidad definida y un cierto grado de constancia objetal. Es un prerrequisito indispensable para el logro de la constancia objetal que el niño “sepa” que el objeto existe, aunque no lo percibe. La representación mental del sí-mismo como algo claramente separado de las representaciones de objeto, prepara el camino que conduce a la constancia objetal. Esto se puede observar cuando el niño se vuelve capaz de aceptar otra vez la separación de la madre, tal como la aceptaba en el periodo de ejercitación, y permanece en sus actividades sin la presencia continua de la madre. ¿Cómo se logra esta constancia objetal? Se logra con la internalización de la imagen constante positiva de la madre. Esta última fase constituye un periodo evolutivo muy importante porque se logra el sentimiento estable de entidad (qué soy) así como una identidad sexual.

La constancia objetal implica en primer lugar mantener la representación de objeto de amor ausente, la integración del objeto escindido (bueno-malo) en un objeto total y con esto la neutralización de los impulsos sexuales y agresivos. Conductualmente se observa que el niño está en condiciones de funcionar adecuadamente en ausencia de la madre, en el interés por adultos diferentes a la madre y por los compañeros de juego. También comienza a desarrollarse un sentido del tiempo y una mayor capacidad para tolerar la demora de la gratificación y para soportar separaciones. El niño no sólo comprende conceptos como “después” o “mañana” sino que también los usa y los experimenta según las llegadas e idas de la madre. Todo esto es un proceso complejo y multideterminado que incluye muchos

aspectos del desarrollo psíquico. Esto no ocurre antes del tercer año y una vez lograda la constancia objetal, se tolera la separación temporaria.

Hasta aquí he expuesto la etapa de separación-individuación en el infante con base en Mahler. (1990)

Como señalé anteriormente, la teorización de Mahler comienza con la investigación sobre la etiopatogenia acerca de los estados psicóticos infantiles. No es el objetivo de este capítulo relacionar las fases del desarrollo con la psicopatología. Mi interés es primordialmente resaltar o señalar factores que están involucrados en el desarrollo para el logro de la autonomía.

Recapitulando ¿cuál es el aporte de Mahler al tema de la autonomía?
Sintetizando algunos de los factores que se señalan, podría mencionar la importancia de la capacidad innata del individuo a la separación-individuación; en segundo lugar la importancia que cobra la relación madre-hijo en este proceso; el impacto que puede tener algunos factores externos(contexto) como enfermedades, hospitalizaciones, accidentes, etc. en la estabilidad del vínculo emocional con la madre o la autoimagen del individuo y por último los factores cognitivos que ayudan a esta separación.

La postura de esta autora, muestra una construcción en donde toma como punto central las relaciones de objeto tempranas y a través de su teoría del desarrollo marca la importancia de las relaciones madre-hijo para el logro de la autonomía.

Dentro de la evolución que han tenido las ideas sobre desarrollo, algunos teóricos han continuado con la teoría de Mahler, otros la han ampliado y algunos otros han terminado por separarse de sus ideas para suplirlas por otras. Daniel N. Stern (1991) en su libro sobre *El mundo interpersonal del infante* es uno de los teóricos del

desarrollo que señala diferencias con relación a la teoría de Mahler. Se separa de la idea de que en los primeros meses el bebé vive en un mundo autista y de no diferenciación señalando que no existe una fase de autismo y simbiosis como la refiere Mahler. Él señala que dentro del campo del psicoanálisis se han construido teorías sobre el desarrollo que han inferido sobre la naturaleza de experiencias subjetivas del infante, y si bien, éstas han representado una gran fuerza, también han representado un riesgo en el sentido de que la base de material clínico se apoya en concepciones teóricas no actualizadas. Señala "...las teorías psicoanalíticas del desarrollo sobre la naturaleza de la experiencia del infante, que son esenciales para guiar la práctica clínica, parecen ser cada vez menos defendibles y menos interesantes a la luz de la nueva información." (Stern, 1991. p. 19). Para poder entender la separación que hace en relación a la teoría de Malher, presento el supuesto teórico del que parte este autor. Él parte del concepto de sí-mismo como central y asume que este sí-mismo existe también en el infante preverbal (primeros meses).

Al hablar de un patrón de sentido del sí-mismo, Stern (1991) se refiere a una organización que existe desde el nacimiento que permite organizar las experiencias. "... la auto reflexión y el lenguaje operan sobre sentidos preverbales existenciales del sí-mismo, y al hacerlo no solo revelan su existencia en curso, sino que los transforman en experiencias nuevas ." (idem, p. 21). En el proceso del desarrollo el bebé empieza a experimentar desde el nacimiento el sentido de un sí-mismo emergente. "...nunca pasa por un periodo de total indiferenciación sí-mismo/otro. Ni en el principio ni en ningún otro momento de la infancia hay confusión entre uno-mismo y el otro. ...nunca experimenta una fase de tipo autista." (idem p. 24). Entre los dos y los seis meses, el

bebé consolida el sentido del sí-mismo nuclear como unidad separada, cohesiva, ligada, física, con sentido de su propia agencia, afectividad y continuidad en el tiempo. No hay ninguna fase de tipo simbiótica. Lo interesante en este punto es que Stern señala que este sentido del sí-mismo preverbal permite comprender el desarrollo interpersonal normal. Ya habla de interacciones sociales cotidianas (con otros) no con un mundo inanimado (fantasías). Alrededor de los nueve a dieciocho meses el infante no está dedicado primordialmente a la tarea de ganar independencia, autonomía o individuación (separarse de la madre o cuidador primario) sino que está buscando una unión con el otro que envuelve su propia subjetividad y la comparte con él. Para este autor no existen fases de desarrollo, como lo señala Mahler sino que hay cambios evolutivos en donde el infante adquiere nuevos sentidos del sí-mismo. “.....los rasgos que han sido vistos como tareas del desarrollo correspondientes a épocas específicas de la infancia, en realidad no son fases del desarrollo sino de todo el ciclo vital, y operan esencialmente los mismos niveles en todos los momentos de la vida” (ibid., p 25).

Resumiendo, a diferencia de Mahler quien plantea un desarrollo que va desde el autismo hasta la fase de separación-individuación tomando en cuenta el vínculo madre-niño, Stern plantea un desarrollo evolutivo del sentido de un sí-mismo que sirve como una perspectiva subjetiva primaria que organiza la experiencia social y pasa a ser el centro del desarrollo social temprano. Los diferentes sentidos del sí-mismo (emergente, nuclear, subjetivo y verbal) son reemplazados unos por otros, ni atraviesan fases sino que una vez que se constituyen cada uno, permanecen a lo largo de todo el ciclo de vida y continúan creciendo y coexistiendo.

Quiero señalar que ambos autores, desarrollan sus construcciones teóricas a partir de la observación clínica de infantes y no de relatos de adultos clínicos sobre su infancia. En este punto, la metodología utilizada por Mahler sobre la observación de infantes fue altamente criticada debido a que el Centro de Investigación no era un ambiente natural en donde se observara a la madre con su hijo en situaciones cotidianas. También se critica el “ojo psicoanalítico” de los observadores ya que se señaló tenían una convicción teórica sobre la subfase de separación-individuación que anteponían a su observaciones. Por otro lado, las hipótesis de Stern, con relación al mundo subjetivo del infante, son inferencias que hace a partir de las observaciones de infantes. “...como no podemos conocer el mundo subjetivo en el que habitan los infantes, tenemos que inventarlo, a fin de tener un punto de partida en la formulación de hipótesis.” (ibid., p. 18).

Considero que para ambos autores el punto central del desarrollo está en relación a la experiencia que tiene el infante de sí-mismo y el otro. Es importante, para este trabajo, seguir avanzando en la comprensión del desarrollo. Continuaré con las ideas de Bloss y Erickson y trataré de ir integrando diferentes perspectivas.

I.2.- PUNTOS DE VISTA DE PETER BLOSS SOBRE EL DESARROLLO.

Desde el inicio de su obra, Bloss señala la importancia que juega en el desarrollo humano el equilibrio entre las capacidades biológicas, el contacto humano físico y emocional y el ambiente. “ ..El avance hacia la etapa de la autonomía se funda en la formación de la estructura psíquica; este proceso representa la transformación de las influencias vivenciales – introducidas en la vida del niño por su

entorno y a las que responde de manera selectiva- y la realidad interior.... Las influencias del ambiente se vuelven a lo largo de la vida un requisito imprescindible para el mantenimiento de un funcionamiento somático y psíquico óptimo”.(Bloss, 1979. p. 5). Esta idea de Bloss es interesante, porque refleja la importancia del entorno como un elemento clave a incluir en el desarrollo. No sólo se queda en el desarrollo de estructuras psíquicas sino que amplía el concepto de entorno señalando la importancia que ejerce la familia, las instituciones sociales, los valores y las normas culturales y otros elementos que rodean al niño y lo influyen. Las pautas de adaptación al ambiente junto con los elementos constitucionales, afectarán en grado crítico o no, el desarrollo de la autonomía psíquica y la madurez emocional.

Para Bloss, igual que para Mahler , la maduración sexual, así como el salto cognitivo a niveles superiores y las nuevas aptitudes físicas influyen fuertemente en el desprendimiento de las dependencias infantiles de la familia y llevan al adolescente a buscar un medio social más amplio. No obstante también señala la importancia de haber establecido en la niñez temprana la diferenciación del yo con el no-yo.

Al analizar la adolescencia, tomaré las ideas de Bloss sobre el “segundo proceso de individuación”. No focalizo la parte de la patología sino, de nuevo, recalco las ideas que ayudan a entender el proceso del desarrollo de la autonomía dentro de una perspectiva de “normalidad”.

EL SEGUNDO PROCESO DE INDIVIDUACION DE LA ADOLESCENCIA:

Para Bloss (1962) las “fases adolescentes” son los hitos del desarrollo progresivo y cada una está asignada por un conflicto específico, una tarea madurativa y una resolución que es condición previa para pasar a niveles más altos de

diferenciación. Bloss reconoce un hilo común que recorre toda la adolescencia, que se manifiesta desde la pre adolescencia hasta la adolescencia tardía y este concepto es conocido como “el segundo proceso de individuación de la adolescencia”, que es de orden más general y se extiende a lo largo de todo el periodo de la adolescencia.

El primer proceso de individuación es el que se realiza hacia el tercer año de vida con el logro de la constancia del self y del objeto. Bloss propone que se considere a la adolescencia como un segundo proceso de individuación. Ambos procesos de individuación, tanto en la infancia (primer proceso) como en la adolescencia (segundo proceso) comparten la mayor vulnerabilidad de la organización de la personalidad así como la urgencia de cambios psíquicos acordes con el impulso madurativo. Lo que en la infancia significa “salir del cascarón de la membrana simbiótica para convertirse en un ser individual que camina por sí mismo” (Mahler, 1963), en la adolescencia implica desprenderse de los lazos de dependencia familiar, aflojar los vínculos objetales infantiles para pasar a integrar la sociedad global, o, simplemente, el mundo de los adultos.

El proceso de desvincularse de los objetos de amor y odio internalizados o interiorizados (el padre y la madre) abre el camino, en la adolescencia, al hallazgo de objetos de amor y de odio ajenos a la familia. Esto es lo inverso a lo acontecido en la niñez temprana, durante la fase de separación-individuación. En esta fase, el niño pudo separarse psicológicamente de un objeto concreto, la madre, merced a un proceso de interiorización que poco a poco facilitó su independencia respecto de la presencia de aquella, de su ayuda y de su suministro emocional como principales reguladores de la homeostasis psicofisiológica. El pasaje de la unidad simbiótica de

madre e hijo al estado de separación respecto de ella está señalado por la formación de facultades de regulación interna que son promovidas y asistidas por los avances de la maduración, refiriéndose específicamente a todo el desarrollo motor, perceptual, verbal y cognitivos.

En el proceso de la individuación adolescente, los cambios estructurales son necesarios y acompañan la desvinculación emocional de los objetos infantiles interiorizados. Si esta desvinculación no se logra con éxito, el hallazgo de nuevos objetos amorosos fuera de la familia queda impedido, obstaculizado o limitado a una simple réplica o sustitución. En este proceso está intrínsecamente implicado el Yo. Durante la infancia, el niño tenía a su alcance el Yo de los padres como una legítima extensión de su propio Yo; esta condición forma parte inherente de la dependencia infantil al servicio del control de la angustia y de la regulación de la autoestima. Al desligarse, en la adolescencia, de los vínculos libidinales de dependencia, se rechazan asimismo los lazos de dependencia del Yo del periodo de latencia. Por ende, en la adolescencia se observa una cierta debilidad relativa del yo, a causa de la intensificación de las pulsiones, es decir, por un lado se intensifican las pulsiones sexuales y agresivas y por otro el Yo no se encuentra lo suficientemente fuerte para lidiar con esto.

¿Cuál es el proceso que sigue la individuación en la adolescencia? La individuación implica que la persona en crecimiento asuma cada vez más responsabilidad por lo que es y por lo que hace, en lugar de depositarla en los hombros de aquellos bajo cuya influencia y tutela ha crecido. A veces esta individuación se muestra en deseos de ser manifiestamente distintos a la imagen interiorizada o

simplemente opuesta a ella. Existen síntomas que muestran el fracaso en la desvinculación respecto de los objetos infantiles y en consecuencia muestran un descarrilamiento del proceso de individuación en sí. Ejemplo de esto son los evidentes “acting out”, dificultades para el aprendizaje, falta de objetivos, conducta negativista y dilatoria. El empeño por separarse de los lazos infantiles concuerda con la tarea del adolescente de maduración. Este empeño se acompaña de fuerzas progresivas. A veces, surge un engaño en relación a la evitación de la familia, ya sea física, geográfica, moral e ideológica con la que experimenta una sensación de triunfo cuando en realidad se está instalado en una regresión.

Retomo de nuevo la idea señalada en un principio: la individuación es el resultado por un lado de los procesos madurativos motores y cognitivos y por otro de los cambios estructurales del Yo. En estas ideas que señala Bloss (1962) sobre el segundo proceso de individuación, puede observarse que su línea de pensamiento, esta fuertemente influenciada por los conceptos de la Psicología del Yo. Para él sigue teniendo importancia la estructura del Yo más autónomo que permite sortear las dificultades de las pulsiones y lograr la autonomía. También acompaña a sus ideas, el desarrollo madurativo y cognitivo.

Bloss también señala que en este segundo proceso de individuación el joven entra en una situación ambivalente que se ve reflejada en conductas defensivas como el negativismo, la conducta opositora o la indiferencia. Las funciones del Yo se ven inundadas por esta ambivalencia creando estados contradictorios e incomprensibles en la conducta, pensamientos, pulsiones y afectos. Ejemplo de esto lo observamos en las fluctuaciones que presentan los adolescentes entre extremos de amor y odio, actividad

y pasividad, fascinación e indiferencia. Muchas de las conductas de los jóvenes, podrían hacer pensar en una autonomía, que lejos de serla, son reflejo de dependencias encubiertas de conflictos no resueltos como son los actos de rebeldía, desprendimientos físicos, etc.

La tarea de individuación adolescente está vinculada con las representaciones objetales de los progenitores, tanto infantiles como contemporáneos; estos dos aspectos derivan de la misma persona pero en distintos estadios de desarrollo. Cuando los padres participan en las cambiantes posiciones del adolescente y demuestra ser incapaces de mantener una posición fija como adultos frente al joven que madura, lo que causa una gran confusión. El joven no sabe si los progenitores son sus iguales o no. Esta idea me parece importante porque aunque habla de representaciones de objeto, señala la importancia de las relaciones interpersonales como factor positivo o negativo en este logro.

Bloss señala que la sociedad adulta y sus instituciones, muchas veces, dificultan la diferenciación de los jóvenes con la otra generación. “..Es innegable que existe una obsesión del adulto por la juventud, la explotación comercial de los estilos e indumentaria de los jóvenes han creado, la popularización y mercantilización de lo suyo, y despoja a los jóvenes de su legítimo monopolio. Los adultos miran fascinados a los jóvenes, tratando de imitarlos con el fin de evitar el envejecimiento. Se observa a jóvenes con una compulsiva necesidad de despertar la atención del mundo adulto y a la inversa, adultos de mentalidad “juvenil” hay un compulsivo deseo de mostrar comprensión frente a los jóvenes aceptando sus mas disparatadas demandas y sus desaires” (Bloss, 1979. p.18). Ejemplo de esto lo vemos en padres que adoptan

posturas adolescentes que no se atreven a representar el rol del padre adulto, comprensivo pero firme y tratan de retener a su hijo a través de toda clase de concesiones. Estos padres son demasiado permisivos que establecen relaciones de amigos con sus hijos dejándolos huérfanos de figuras de autoridad obstaculizando el crecimiento adolescente y anulando la rebelión saludable y necesaria para el desprendimiento.

Recapitulando, ¿cuáles son las ideas centrales de este autor con respecto al proceso de Autonomía? Bloss señala el segundo proceso de individuación como el resultado de los cambios en las funciones del Yo que ayuden a la progresión, así como también los aspectos madurativos y cognitivos que apoyan este proceso. No deja a un lado la importancia del entorno socio cultural pero tampoco amplía esta idea. Sin embargo, me parece que su punto principal recae en las funciones del Yo. La dificultad en el logro de la autonomía sería el resultado de un déficit en el Yo y de la incapacidad de lidiar con los aspectos pulsionales.

Para ejemplificar la propuesta de Peter Bloss sobre el segundo proceso de individuación , me parece relevante exponer un material clínico.

Material clínico:

Esta joven de 23 años llega conmigo a consulta por el conflicto que siente en relación a su pareja, su trabajo y su vida actual. Estudia la carrera de administración y se describe como muy buena estudiante. Se considera una joven activa, creativa,

preocupada por su país. Tiene una pareja desde hace un año . Sus padres están divorciados desde que ella tenía 14 años . Dice que su madre es una mujer muy exitosa profesionalmente pero sumisa en el ámbito familiar. El padre es un hombre, que al decir de la joven tiene problemas de trabajo y económicos. La madre, desde que ella recuerda, es la que ha sostenido el hogar y esto provocó que ella se hiciera independiente desde muy chica. Tiene dos hermanas menores que ella con quienes lleva una buena relación. Me dice: “Mis hermanas y yo hemos sido muy independientes y muy maduras por lo que hemos vivido. El hecho de que mi mamá y mi papá trabajaran hacía que nunca nos vieramos. Ella relata que de niña se las arreglaba para hacer todas sus cosas y aprendió a buscar la forma de sobrevivir. Al preguntarle qué era para ella ser autónoma me dice: “arreglarmelas sola, no depender de nadie porque eso significa ser niña y débil y sentir que tengo que ir por delante de todos para ir solucionando los problemas”.

Al venir a México decidió que ella iba a solventar todos sus gastos aún y cuando no generara ingresos para hacerlo ya que para ella no existía la posibilidad de que su pareja la mantuviera ni mucho menos pedir apoyo a su madre para los gastos de universidad que se le iban presentando. Esto generó angustia, sentimientos de ahogo, estrés y aprensión. A ella le cuesta trabajo recibir de todos diferentes cosas (dinero, apoyo económico, consejos, ayuda).

La joven todo el tiempo da la impresión de ser la chica extrovertida, independiente, feliz que todo le ha salido bien pero en el momento de hablar sobre su motivo de consulta cambia y llora con mucho dolor al sentir que está insegura, tiene presión del mundo externo, está aprensiva y se siente atorada. Dice: “estoy aprensiva

al trabajo, a mi pareja y quiero que alguien me abrace, quiero mis amigos, porque no he encontrado esa red.”

La reflexión en torno a este material y en las ideas expuestas por Bloss sobre los procesos de separación, me llevan a pensar que el concepto que tiene esta joven de ser independiente está basada en la idea de no depender de nadie ni de nada. Esto no es precisamente lograr una autonomía ya que esta conducta, aunque da una sensación de triunfo, en realidad está instalada en una necesidad infantil de ser cuidada, mimada y protegida, situación que se ve reflejada en la relación conmigo. En la relación terapéutica ella espera que yo le dé todas las respuestas. Bloss señala que “el rechazo del apoyo yoico de los padres genera una debilidad yoica que se refleja en la búsqueda de nuevos objetos como réplica ó sustitución de objetos infantiles” (Bloss, 1979, p.120). Como mencioné anteriormente, la segunda individuación debe ir acompañada de la aceptación de una vinculación con las personas significativas más que realizar rupturas violentas que lo llevan a uno a tomar distancia física, geográfica, moral o ideológica. El trabajo terapéutico con esta joven se ha focalizado hasta este momento en que ella pueda aceptar que el recibir de otros no la lleva a ser una persona débil y que parte de su crecimiento y autonomía están en poder mantener los vínculos familiares y conectarse con la necesidad de cercanía en algunos momentos de su vida y distancia en otros.

1.3 PUNTOS DE VISTA DE ERICK ERICKSON SOBRE EL DESARROLLO:

Me parece importante revisar las construcciones teóricas de Erick Erickson sobre el desarrollo evolutivo, especialmente la etapa del logro de la identidad ya que este concepto está relacionado con la autonomía. La razón para incluirlo, pese a sus ideas cuestionadas sobre la falta de visión de género (McGoldrick, 1986) en la identidad de hombres y mujeres, es porque su concepto de “crisis de identidad” sigue inspirando investigaciones valiosas en el estudio de la Psicología además de su teoría de desarrollo a lo largo de la vida que incluye la relación psicosocial. Erickson definió la identidad como una concepción coherente del yo, formada por metas, valores y creencias con las cuales una persona está sólidamente comprometida.

Para Erickson, el desarrollo evolutivo depende de tres procesos de organización que se complementan entre sí: proceso biológico (soma), proceso psíquico (psyche) y proceso socio-cultural (ethos). Cada uno de estos, se encuentra involucrado en el otro, es decir, se influyen y son influyentes. Erickson señala “los estadios de la vida permanecen siempre vinculados a procesos somáticos, aunque sigan siempre dependiendo de los procesos psíquicos de desarrollo de la personalidad y del poder social” (Erickson 1997, p. 33)

Erickson sugiere ocho etapas del desarrollo:

a) **Confianza básica vs. Desconfianza básica.** (Esperanza).

En esta primera etapa, Erickson la compara con la etapa oral de Freud. En el primer año el infante obtiene la confianza de que un proveedor externo, ya sea la madre o cuidador proporcionará el abastecimiento de sus necesidades de alimento, sueño y otras relacionadas con el malestar que provoca su inmadurez. Las formas de

bienestar y la persona asociada a esta se vuelve familiar así como también se familiariza el malestar provocado por sus necesidades físicas. Hasta este momento, el bebé logra reconocer que existe una población interna de sensaciones e imágenes recordadas y anticipadas que están correlacionadas con personas y cosas externas previsibles. La confianza, señala Erickson, “implica que se ha aprendido a confiar en uno mismo y en la capacidad de los propios órganos para enfrentar las urgencias de manera que se es suficientemente digno de confianza como para que los proveedores no necesiten estar en guardia...”(Erickson 1978., p. 222)

Erickson señala que en esta primera etapa, la calidad del cuidado es básica. La relación entre madre e hijo crea un fuerte sentido de confiabilidad personal proporcionando la base para un sentimiento de identidad que se combinará con un sentimiento de ser aceptable por lo que uno es y de convertirse en lo que la otra persona confía en que uno llegará a ser. En esta etapa, recalca la importancia del cuidado materno.

Considero que las cualidades de la relación materna que señala Erickson están basadas en la habilidad tanto del cuidador como del bebé para responder apropiadamente a las señales de los estados emocionales del otro. Cualquier actividad por parte del bebé llevará a la madre a tener una respuesta ante éste y viceversa.

b) La Autonomía vs. Vergüenza y duda. (Voluntad).

Esta etapa está situada alrededor del año y medio a los tres años y marca un cambio del control externo al autocontrol. El desarrollo acelerado de la madurez como el gatear, caminar, correr, trepar así como el control de esfínteres son un paso

importante hacia la autonomía y el autocontrol. También el lenguaje permite al niño expresar sus deseos y ser más entendido por los progenitores y cuidadores. La libertad que el niño empieza a adquirir no es ilimitada y se topa con los límites y normas que tienen que ser reconocidos. Aquí es donde la duda y la vergüenza tienen un lugar necesario. Este descubrimiento de que la conducta que desarrolla es la suya propia genera también la duda con respecto a sus capacidades. Dada la dependencia que todavía existe, aparece también el temor de sobrepasar sus propios límites o los del ambiente. Esto se parece a la ambivalencia de la que habla Mahler, en donde el infante se topa con presiones contradictorias entre afirmarse ó auto negarse el derecho y la capacidad de realizar dichas afirmaciones.

Al igual que Mahler, Erickson señala la conducta negativista del niño, su tendencia a gritar ¡no! y resistirse a la autoridad, generan diferentes respuestas en la madre. Algunas madres consideraran estas respuestas como algo saludable y normal por alcanzar la independencia y ayudaran al niño a emprender su autocontrol. Sin embargo, otras podrán crear un conflicto excesivo amenazando, castigando físicamente, criticando y limitando.

El deseo del niño, señala Erickson, de elegir por su propia cuenta, de apoderarse de las cosas con actitud exigente y de eliminar empecinadamente no deberá hacerlo sentir en peligro. El medio ambiente no deberá desalentarlo a “pararse sobre sus propios pies”. La vergüenza y la duda las relaciona con el límite para la capacidad del niño y del adulto de soportar que se considere a sí mismo, su cuerpo y sus deseos como malos y sucios y que el juicio emitido por otros lo considere infalible.

Iniciativa vs. Culpa.- (Finalidad)

Ésta es la tercera etapa del desarrollo psicosocial que abarca de los tres a los seis años de edad. El infante planea una tarea por el mero hecho de estar activo y en movimiento y hay un deseo de seguir las propias metas así como planear y realizar actividades. El conflicto de esta etapa radica en un sentimiento de culpa con respecto a las metas planeadas. Los niños en esta etapa que corresponde a los años de preescolar, pueden y quieren hacer cada vez mas cosas debido en parte a la continuación de su desarrollo maduracional locomotor y de lenguaje. ¿De donde viene entonces la culpa? Erickson señala que el sentimiento de culpa viene como resultado de una negación de sus deseos. Esta culpa también es entendida como pasividad en el sentido de desalentar sus esfuerzos. La aprobación por parte del mundo externo lo enseña a regular sus pulsiones opuestas y a desarrollar la virtud del propósito o finalidad. Desde la teoría psicoanalítica, Erickson señala que en esta etapa el Yo se ha desarrollado lo suficiente para ofrecerle al Ello otros modos de expresión, al mismo tiempo que el SuperYo ha empezado a desarrollarse hasta un punto en que permite aprender de las situaciones de crisis. El niño en esta etapa enfrenta la crisis universal que consiste en pasar de una estrecha dependencia o ligazón con sus padres a una separación e identificación con uno de ellos.

Otro aspecto en esta etapa es que el niño empieza a darse cuenta de las diferencias sexuales y estas diferencias marcan diferentes criterios sociales y familiares que rivalizan con sus deseos. El niño y la niña aprenderán y realizarán experiencias como varón y como niña y dentro de estas experiencias incorporarán sentimientos, pensamientos y acciones que proveerán de nuevas áreas a su sentimiento de culpa.

Por ejemplo ¿su conducta concuerda con lo que se espera de su sexo? ¿es correcto que en muchos sentidos sienta y actúe como un niño del sexo opuesto? Como Freud, Erickson afirma que desde el punto de vista psicológico las fantasías y sentimientos eróticos suelen centrarse alrededor de los genitales. Menciono esto porque dentro de la diferencia anatómica, se señala que los modos esenciales del niño será la intrusión que se ve reflejada en las actividades motrices intensas, con penetración del espacio, la curiosidad por explorar esferas desconocidas y abordar de frente a las personas y los problemas. Por otro lado, los modos esenciales de las niñas es la recepción que conduce a la pasividad activa de la niña y la futura mujer. Sus impulsos se traducen en actitudes de atracción y seducción- provoca, intriga, excita- y sobre todo en una adaptación temprana del modo materno de incorporación.

c) **Industria vs. Inferioridad.-** (Competencia)

El tema principal de esta fase refleja la determinación del niño de dominar las tareas que afronta. Por una parte la energía se utiliza para lograr la producción de cosas y por otra aparece el miedo de que al ser todavía un niño, esto suscita sentimientos de inferioridad. Aprende a obtener reconocimiento mediante la producción de cosas, trabaja para desarrollar sus cualidades corporales, musculares y perceptivas así como ampliar sus conocimientos del mundo. Concentra su capacidad para relacionarse y comunicarse con sus pares o amigos. Estos llegan a ser tan importantes como los adultos, además de ser necesarios en relación a la autoestima además de servir como fuente de identificación extra familiar.

Las actividades entre niños y niñas están segregadas al propio sexo. Todas las actividades reflejan esfuerzos competitivos más que autónomos. Existe la necesidad de contemporáneos para medirse en sus cualidades y su valía. La relación niño o niña con su progenitor evoluciona hacia un nivel realista de dependencia en lo que aún es necesario pero en otras áreas el niño tiende a relacionarse con sus padres u otros adultos de una forma más igualitaria. Dado que ahora se ve a los padres como representantes de la sociedad, empieza a compararlos con otros representantes. Los otros, ya sea maestros, vecinos o amigos de sus padres se convierten en determinantes sociales significativos. Los varones y las niñas buscan identificarse con otros adultos porque los padres ya no pueden satisfacer los requerimientos de ellos.

e) Identidad vs. Confusión de rol.- (Fidelidad)

Para Erickson la identidad es una concepción coherente con el Yo, formada por metas, valores y creencias con las cuales una persona está sólidamente comprometida. ¿Quién pensamos que somos y quién cree el otro que soy? El peligro está en la confusión del rol. Erickson (1968) decía que la tarea principal del adolescente es resolver la “crisis” de la identidad frente al conflicto de identidad o conflicto de roles. Señala también que no se resuelve este dilema en la adolescencia sino que a lo largo de la vida adulta afloran una y otra vez problemas concernientes a la identidad. “Todos interpretamos roles y ensayamos papeles que deseamos poder interpretar en la vida de acuerdo a la organización de las necesidades, habilidades, intereses y deseos y se espera que puedan ser expresados en un contexto social.” (Erickson 1997., p. 113) La elección de carrera u ocupación, la adopción de valores y

la elección de pareja son parte de los problemas que el joven tendrá que resolver. Lo que perturba a la gente es la incapacidad para decidirse por una identidad no sólo ocupacional, diría yo, sino lograr una identidad genuina que armonice con un qué somos, dónde estamos y qué nos mantiene en pie.

La virtud de la fidelidad se ve reflejada en la identificación con valores, ideologías, religión, movimientos políticos, o gente a quien ser leal como amigos o compañeros.

La teoría de Erickson describe el desarrollo de la identidad masculina como la norma. De acuerdo con Erickson, un hombre no es capaz de experimentar intimidad real hasta después de haber alcanzado una identidad estable, mientras que las mujeres se definen a sí mismas a través del matrimonio y la maternidad. De esta forma, decía Erickson, las mujeres a diferencia de los hombres desarrollan la identidad a través de la intimidad, no antes.

Este punto de vista ha sido altamente criticado por otras autoras como McGoldrick(1980) y C. Gilligan (1982) quienes han aportado una mirada diferente sobre la identidad femenina. Esto será desarrollado mas adelante en este trabajo.

f) Intimidad vs. Aislamiento. (Amor)

Para Erickson, el logro de la adultez psicológica implica un crecimiento continuo reflejado en el estudio, la carrera, una intimidad social con el otro sexo y la elección de pareja para casarse. El matrimonio, el trabajo, la procreación y la recreación sientan las bases del desarrollo sano de la persona y de los hijos. En palabras de Freud, el

individuo logra una adultez sana mediante su capacidad de amar y trabajar. La crisis en esta etapa se refleja en el sentido de aislamiento y distancia.

g) Generatividad vs. Estancamiento (Cuidado)

Esta fase se refiere al logro de haber alcanzado una vida conyugal compartida en donde el cuidado y el desarrollo de la nueva generación, es decir, los hijos será el tema. Un sentido de generatividad individual incluye la responsabilidad como padre en la atención y educación infantil así como la trasmisión de tradiciones que incorporaran los individuos que se están desarrollando. El conflicto se centra en la absorción en sí mismo sin formar una unidad con su comunidad.

h) Integridad vs. Desesperación. (Sabiduría)

En la medida que el individuo procrea y asegura el desarrollo de la nueva generación, desarrolla un sentido de la integración. Este sentido de integridad aporta una solución al sentido de la desesperación y disgusto ante los muchos estilos de vida y de temor a la muerte. Esta fase implica un sentido de sabiduría y una filosofía de la vida que van más allá del ciclo vital del individuo.

En la descripción de las etapas he señalado algunos puntos centrales de la teoría de Erickson. No he abarcado todas las ideas que plantea en cada etapa ya que mi objetivo no es hacer el estudio del desarrollo desde este autor sino mostrar otro punto de vista sobre el proceso de autonomía. Posteriormente señalaré las críticas y

planteamientos que se hacen con respecto a la identidad femenina, basada en la construcción de género para las mujeres.

Como lo mencioné al principio este autor añade un elemento nuevo al proceso del desarrollo de la Identidad que es la influencia de los psicosocial sin embargo no toma en cuenta la sensibilidad de género. Considero que hay que tomar en cuenta el periodo en que Erickson escribe estas ideas. Su teoría se desarrolló alrededor de los años 50`s y gran parte de ésta se basa en las etapas del desarrollo psicosexual desarrolladas por Freud. En la actualidad, pienso que las posturas en cuanto a la identidad y roles de género han cambiado. Más adelante mencionaré las ideas de McGoldrick con respecto a la teoría de Erickson.

Nuevas investigaciones se han realizado alrededor de la crisis de identidad y arrojan variables nuevas al tema. James E. Marcia (1966, 1980) mencionado en Papalia, Olds y Feldman (2005), realiza estudios con jóvenes encontrando estadios de identidad en diferentes periodos con presencia o ausencia de crisis y compromiso, elementos que Erickson consideraba cruciales para la formación de identidad. Para este psicólogo investigador el término de “crisis” es un periodo de toma de decisiones conscientes relacionada con la formación de la identidad y el “compromiso” es la inversión personal en una ocupación o sistema de creencias. Relaciona los diferentes estados de identidad (logro de la identidad, exclusión, moratoria y difusión de identidad) con características de estados de ansiedad, la autoestima, el razonamiento moral y los patrones de conducta.

Para Erickson, la individualidad, la autonomía y la competitividad han sido conceptos occidentales centrados en el hombre. Hoy por hoy, no se considera esto una norma sino un punto débil en la teoría de Erickson. McGoldrick (1980) es una de las autoras que hace una fuerte crítica a la teoría de Erickson. Uno de sus desacuerdos se basa en que su teoría involucra individualidad más que aspectos relacionales.

Dentro de las ocho etapas del desarrollo, McGoldrick señala que las características que se refieren a los asuntos interpersonales: duda, vergüenza, culpa, inferioridad y confusión de roles significan fallas y señala que es desafortunado que estas definiciones estén fuera de la identidad saludable, sobre todo, porque muchas de ellas están relacionadas con características femeninas. A diferencia de la visión de Erickson, Mónica McGoldrick (1980) señala que el desarrollo del ciclo evolutivo tiene aspectos tanto individuales como interpersonales. La dificultad para apreciar esto ha llevado a serios recortes en la concepción del desarrollo humano ya que se dejan de ver otras influencias importantes como la de género, nivel educativo, económico, contexto social y político. Otra crítica fuerte a la visión de Erickson recae en el punto de vista de señalar que la adultez saludable está basada en la autonomía, iniciativa, industriosidad y en una clara Identidad separada de la familia, ya que desde su punto de vista, esto crea un serio desbalance en el ser humano. Las diferencias de género en la formación de la identidad así como las diferencias individuales son actualmente temas que no puede dejarse de lado como lo son, el tomar en cuenta los diferentes contextos y premisas culturales, nivel socio económico y relaciones de poder.

Recapitulando, ¿cuáles son algunas de las ideas que estos autores hacen de la autonomía? Una de las ideas que comparten estos autores es que la autonomía es un proceso que va sorteando una serie de factores, no sólo de desarrollo físico y cognitivo sino también interpersonales, es decir, que en este proceso intervienen de manera significativa los vínculos emocionales que se establecen desde el nacimiento. Mahler desarrolla su teoría basada en el vínculo con la madre y focaliza la etapa de separación/individuación como una etapa central en el logro de la diferenciación y autonomía del niño. Esta autora enfocada en los primeros tres años de vida del bebé, habla también de una angustia de separación que el bebé experimenta debido al desafío que el mundo externo le hace para separarse de la madre y tolerar la frustración. Bloss señala que en el desarrollo del adolescentes no sólo las dependencias emocionales juegan un papel importante en la autonomía sino que también las influencias del ambiente imponen un desafío al joven para adaptarse a ellas. Hace la observación de que en los vínculos familiares a veces se presentan roles en los diferentes miembros de la familia que pueden confundir y dificultar la diferenciación en los hijos sin embargo su idea principal se centra en el segundo proceso de individuación en donde se juegan cambios psíquicos que ayuda a desprenderse de las dependencias familiares y lo invitan a que asuma cada vez más la responsabilidad de lo que es y de lo que hace. Bloss señala que la autonomía no es necesariamente alejarse de los vínculos importantes en la vida sino diferenciarse de lo que se quiere ser con libertad y flexibilidad. Es poder afianzar que un “yo” es distinto al “otro”. A las ideas anteriores Erickson incluye la necesidad de analizar los patrones culturales que son determinantes en la identidad de las personas.

Después de revisar a estos autores, me doy cuenta que hoy en día, no basta con entender el desarrollo de la autonomía sólo como un fenómeno interno en el ser humano sino que es necesario entretelar los aspectos familiares, sociales, culturales y de género. La identidad está compuesta de todos estos elementos. En este capítulo señalo las críticas de McGoldrick mostrando su inconformidad por la exclusión de elementos de género en el desarrollo de la identidad.

Si señalo que la autonomía va de la mano con una responsabilidad de lo que se es y de lo que se hace, me quedo con la idea de que este Ser y este Hacer es diferente en hombres y mujeres. Estas formas de ser y hacer de ambos no son ni mejores ni peores, solamente son diferencias que hay que entender dentro del desarrollo autónomo.

Me gustaría seguir avanzando en el tema ahora con la visión sistémica del desarrollo familiar y la revisión de autores que han enfocado su interés en este proceso ya que esto refuerza la idea de que el proceso de autonomía tiene que ser “eslabonado” con diferentes factores: internos, externos, socioculturales, políticos, de género, etc. Con el concepto de “eslabonar” me refiero a que la complejidad invita a formar una cadena que incluya diferentes ideas que arrojen una visión pluralista sobre un fenómeno. En el caso del proceso de la autonomía, no diría que un concepto pesa más que otro, o que existe una sola “verdad” sobre el logro de ésta, sino que invito a revisar las diferentes propuestas sin dejar de puntualizar cuál de ellas estamos tomando en cuenta.

CAPITULO II: AUTONOMIA Y DESARROLLO FAMILIAR.

En el capítulo anterior, analicé la manera en que los autores han propuesto el tema de la autonomía emocional como algo “central” en el desarrollo de la identidad subjetiva. Las dificultades para liberarse de la fusión, principalmente de la madre, desencadenan conflictos que impiden la continuación de un desarrollo más estable. La teoría psicoanalítica puso el énfasis en las relaciones objetales y su influencia en la estructura del mundo interno. Los diferentes autores por ejemplo describieron el desarrollo psicológico como un proceso gradual que va de la fusión a la diferenciación y que está determinado por estímulos biológicos y por la díada madre-hijo.

En este capítulo, reviso nuevas construcciones teóricas que incluyen el mundo familiar para el logro o estancamiento de este proceso. Los autores que voy a revisar tienen un gran interés en investigar al individuo y la complejidad de su conducta, a través de la comprensión de su desarrollo en la familia. El propósito de esto, es incluir otros marcos teóricos para ampliar y complejizar el tema. Al hablar de autonomía me sigo refiriendo al proceso por el cual las personas se van diferenciando y separando de la fusión inicial con sus padres. En el enfoque familiar algunos autores se refieren a la autonomía como una categoría amplia que incluye subcategorías en términos de independencia, destete, desprendimiento o diferenciación.

Hablar de desarrollo familiar también es tocar el tema de ciclo vital por lo que en este capítulo desarrollo la idea de ambos conceptos. Falicov señala que “las familias cambian en su forma y función a lo largo del ciclo vital, y lo hacen en una secuencia ordenada de etapas evolutivas”. (Falicov, 1988. p.33) El ciclo vital de la familia está dividido en diferentes etapas mismas que se han definido de acuerdo a tres criterios:

1) a los cambios en el tamaño de la familia; 2) en los cambios en la composición de las edades; 3) y en los cambios en la posición laboral. Estos cambios exigen una reorganización de roles y reglas. Las familias evolucionan a través de etapas relativamente previsibles, aunque existen variaciones culturales y subculturales. La pregunta es ¿qué hace que las transiciones de una etapa a otra sean algo arduo para la familia y le sea imposible pasar gradualmente a la etapa siguiente? o ¿cuándo o cómo una transición normal dentro del ciclo vital se transforma en un estado de crisis acompañado de síntomas? Una hipótesis es que existe dificultad de adaptación a la transición por acumulación de otro tipo de tensiones (Hill, 1949). Otra hipótesis es que en el reordenamiento de tareas, roles y reglas haya periodos de ambigüedades (Boss, 1983).

Cada familia posee un camino de desarrollo propio y su evolución se estudia desde diversos esquemas. Falicov (1988) señala la importancia de prestar atención a los procesos de cambio entre las etapas del ciclo vital familiar.

Desde este punto de vista, la autonomía está vinculada no sólo a la etapa del ciclo vital relacionada a la partida de los hijos del hogar sino también a un proceso de desarrollo continuo más complejo vivido de una forma única para cada familia.

Elegí revisar en este capítulo a autores como Bowen , Stierling y Boszormenyi-Nagy que hablan sobre la autonomía en términos de individuación y diferenciación desde el desarrollo familiar sin dejar a un lado el punto de vista de otros autores importantes como Haley y Minuchin que focalizan el término autonomía desde el punto de vista de desprendimiento e independencia en el ciclo vital de familia y de los movimientos que se den en las estructuras familiares.

La selección de estos autores está relacionada en primer lugar porque sus construcciones teóricas son afines al tema que estoy revisando; en segundo lugar porque son autores pioneros en el campo de la terapia familiar; en tercer lugar porque son autores, principalmente Bowen, Andolfi, Stierling y Boszormenyi-Nagy que vienen de una formación de teoría y práctica psicoanalítica e incluyeron la visión sistémica. Estos autores invitan a establecer diálogos y cuestionamientos a las propuestas psicoanalíticas e integrar sus nuevas observaciones y prácticas en el campo de la Terapia Familiar. A continuación trataré de conectar las ideas sobre el tema central de la Autonomía y los aportes nuevos de cada uno de ellos.

Autonomía en el Ciclo Vital Familiar.

La mayoría de las teorías sobre el ciclo vital parten de un concepto medular en que las familias cambian en su forma y en su función a lo largo del ciclo vital y esto lo hacen en una secuencia de etapas evolutivas. Los criterios para dividir el ciclo en etapas va desde los cambios en tamaño de las familias (sin hijos, con hijos, sin hijos), por cambio en las edades, en la posición laboral de las personas que sostienen la familia, por roles, por relaciones, entre otras. Estas etapas evolutivas van acompañadas de acontecimientos y situaciones que estresan a las familias como por ejemplo desempleo, muertes, enfermedades, migraciones, etc. La terapia familiar ha tomado ideas de la Teoría General de Sistemas para generar conceptos alrededor del ciclo vital. Desde esta visión sistémica, se ve a la familia como un sistema con interdependencia de las partes. No se habla de la suma de individuos, sino que una parte del sistema está vinculado a todos los demás, de manera que un cambio en ellas

afecta inevitablemente al resto. Esto no impide que podamos al mismo tiempo enfocar los desarrollos individuales de sus miembros.

Inicio con Jay Haley quien fue uno de los primeros en introducir el concepto de ciclo vital familiar entre los terapeutas familiares cuando centró su atención en los procesos evolutivos en el intento de fundamentar el trabajo estratégico de Milton Erikson (Haley, 1973).

La tesis principal de Haley es que los síntomas dentro del sistema, aparecen, cuando este ciclo se disloca o interrumpe. Hay que recordar que desde la visión sistémica existe la hipótesis de que el síntoma es el comportamiento adaptado al contexto social de la persona. El hecho de cambiar el contexto de un individuo podría resolver sus problemas psicológicos. Existe también la idea de que las personas mantienen conductas organizadas en secuencias repetitivas y la dificultad al cambio es porque el síntoma está adaptado a una serie de conductas. (Haley, 1998)

Al revisar el modelo de ciclo vital, se señala que las familias pasan por diferentes etapas (galanteo, matrimonio, el nacimiento de los hijos, hijos en etapa media, el destete de los padres, retiro de la vida activa y vejez); entre éstas encontramos el período en que los hijos se emancipan o bien se da el famoso “destete de los adolescentes”. Siguiendo la idea del síntoma, se podría pensar que si un joven batalla para emanciparse del hogar, no solo es una cuestión individual sino que la explicación desde la visión sistémica es que en esta problemática intervienen más personas. Por esto Haley señala que cuando un hijo se acerca a la edad en que resulta adecuado que abandone el hogar, el problema no es solo que el hijo pueda hacerlo sino que la familia también tendrá que reorganizarse a esta nueva etapa (Haley, 1973). Este periodo

puede desestabilizar al sistema generando síntomas o trastornos que lleven al joven a desarrollar conductas que vuelvan a estabilizar al sistema como por ejemplo fracasando en su autonomía. Para Haley las conductas de excesiva preocupación, benevolencia, y sobreprotección obstaculizan el desarrollo de una mayor responsabilidad y mayor independencia.

Otras de las ideas centrales de Haley en relación a la emancipación de los hijos es que ésta no solo es el resultado de una inadaptación a la nueva etapa sino que también es debido a un esquema que incluye diferencias culturales y de clase. Haley hace una crítica al postulado de Erickson en relación a su visión sobre el síntoma como resultado de esta dificultad en la transición y señala que “existe una extraordinaria complejidad que caracteriza a una familia a lo largo de su vida y no pueden ser ignoradas las diferencias culturales y de clase” (Haley 1973 p. 34).

Este tema en cuanto los factores externos que influyen en la autonomía como son la cultura, la educación, el género, el momento social y político, etc. será desarrollado mas adelante.

Otra idea interesante de Haley en relación a la emancipación de los hijos es el concepto de vínculos de comunicación. En la interacción comunicacional de la familia, la teoría del “doble vínculo” fue concebida como una explicación al fenómeno de la esquizofrenia. No es mi intención focalizar la esquizofrenia como tal sino poder relacionar la dificultad de la emancipación de los hijos con los mensajes ambiguos familiares que propician la autonomía pero al mismo tiempo la obstruyen. El joven, frente a esta ambigüedad comunicacional, se encuentra imposibilitado de clarificar la

información es decir, de metacomunicarse. Considero importante detenerme en esta idea del doble vínculo ya que es central en las ideas de Haley.

En la década de 1950, Haley, junto con John Weakland y Don Jackson, formaba parte del equipo de Gregory Bateson (Bateson, 1985) quien desarrolló la Teoría del Doble Vínculo. Esta teoría fue de las primeras en hablar de la complejidad de la interacción familiar. Señalaba que las características de la madre asociadas a una extrema función controladora, sobreprotectora e intromisión en la vida del hijo determinaba la futura patología de éste. Se habló del concepto de “madre esquizofrenogénica” y su relación con la esquizofrenia del hijo.

Para el grupo de Bateson, señala Hoffman, “la “doble atadura” describe un contexto de habituales callejones sin salida en la comunicación, impuestos unos a otros por personas que se encuentran dentro de un sistema de relación” (Hoffman, 1981, p.29).

El circuito de retroalimentación del doble vínculo se podría sintetizar como sigue (Bateson, 1985):

- a) la madre hace algo (hostilidad)
- b) que provoca que el hijo se aleje (retraimiento)
- c) si el hijo se distancia,
- d) lo insta a aproximarse a ella y le demuestra su amor simulado,
- e) si el hijo se acerca, ella se angustia
- f) y castiga al hijo por eso, mostrándose hostil con él,
- g) esto hará que el hijo se aleje y se retraiga, lo cual reinicia de nuevo el circuito.

Esta secuencia limita la emancipación del hijo ya que encuentra cerrada la metacomunicación.

Hoy por hoy, se piensa que las patologías familiares no están ceñidas solamente a la relación madre/hijo sino también a otros miembros del grupo familiar como el padre, abuelo, y otros. Haley examinó los efectos del doble vínculo con el campo interpersonal de la familia.

Lo anterior apoya la idea de Haley en donde dice “ los padres destructivos no solo son los que maltratan al chico sino los que llevan la indulgencia y la protección hasta tales extremos que impiden al chico progresar hacia la independencia” (Haley, 1973, p.248).

Recapitulando ¿cuál es la aportación de las ideas de Haley al proceso de emancipación de los hijos?

Podría resumirse en dos ideas: una relacionada al sistema familiar y su capacidad de reorganización en las diferentes etapas del ciclo familiar y la otra conectada con el vínculo comunicacional dentro del sistema familiar que permite metacomunicar los mensajes relacionados a la autonomía de los hijos.

Otro de los autores que habla sobre la Autonomía dentro del ciclo vital es Salvador Minuchin (1974). Él considera a la persona como un miembro que pertenece a distintos contextos. La familia constituye un escenario significativo en el proceso de adaptación individual y social y determina respuestas de sus miembros quienes responden a las tensiones que afectan a la familia así como también la familia responde a los cambios de cada uno de sus integrantes por medio de procesos continuos de adaptación. Para este autor, la familia cumple dos objetivos distintos. Uno es interno que implica la protección psicosocial a sus miembros y otro es externo

que se refiere a la acomodación a una cultura y transmisión de esta. Las funciones psicosociales de la familia van desde proveer satisfacción a las necesidades biológicas de subsistencia (alimentarias, de techo, abrigo y protección), hasta aquellas que facilitan el desarrollo de la identidad individual, ligada a la identidad familiar. El segundo objetivo es externo y se refiere a la trasmisión de valores, ideología y cultura en el sentido de transmitir la ideología y concepción del mundo, las costumbres y los ritos que conforman su estilo de vida. Estos dos objetivos son realizados en forma interaccional e implican entrelazar por parte de los padres o adultos, factores de adaptación interna y externa.

Como sabemos, la familia cambia debido a la exigencia que el mundo actual demanda pero al mismo tiempo mantiene la continuidad suficiente para la socialización de sus miembros, imprimiendo a sus miembros un sentimiento de identidad (pertenencia) y también un sentido de separación e individuación. Al decir que la familia imprime un sentido de pertenencia hago referencia a que dentro de la familia el niño va incorporando a su identidad todos aquellos elementos que sirven para identificarlo dentro del grupo familiar (apellido) además de asumir pautas transaccionales en la estructura familiar que lo acompañarán a través de la vida.

Dentro del proceso de desarrollo, el sentido de separación se logra a través de participar en grupos mas amplios de pertenencia, como son, la familia extendida u otros grupos externos como los escolares, sociales, etc. El niño y la familia crecen en conjunto y la acomodación de la familia a las necesidades del niño delimita áreas de autonomía que él experimenta como separación.

Al retomar la idea de que el proceso de autonomía es un proceso tanto interno como externo, las ideas de Minuchin sobre el concepto de familia ayudan a clarificar la importancia del sistema familiar en este proceso.

Minuchin señala que la distinción entre una familia y otra no es por la presencia o ausencia de problemas, sino mas bien, por la manera en que enfrentan las dificultades.

Un sistema familiar que opera dentro de contextos sociales específicos tiene tres componentes: (Desatnik, 2004, p. 55)

- a) La estructura de una familia es la de un sistema sociocultural abierto en proceso de transformación, es decir, un organismo complejo que se modifica en el tiempo con el fin de asegurar continuidad y crecimiento psicológico y social a los integrantes que la componen.
- b) La familia muestra un desarrollo desplazándose a través de un cierto número de etapas que exigen reestructuraciones.
- c) La familia se adapta a las circunstancias cambiantes de modo tal que mantienen una continuidad y fomenta el crecimiento psicosocial de cada miembro.

Hablar del primer componente es hablar de la estructura familiar que se refiere a “el conjunto invisible de demandas funcionales que organizan los modos en que interactúan los miembros de la familia” (Minuchin, op.cit., p.86). La familia opera a través de pautas transaccionales las cuales se establecen a través de reglas que determinan de qué manera, cuándo y con quién relacionarse. En el momento en que opera una desviación que el sistema no puede tolerar y lo desequilibra puede presentarse el síntoma como por ejemplo la dificultad para la emancipación de algún hijo. Esto no quiere decir que no existan pautas alternativas dentro del sistema familiar

sino que los niveles de tolerancia al ser rebasados requieren y exigen lealtades familiares o conllevan maniobras que inducen a sentimientos de culpabilidad. Al integrar estas ideas con los procesos de autonomía que se viven a través del desarrollo podría decir que en la medida en que la familia cuente con una gama de pautas transaccionales alternativas así como con la flexibilidad para irse moviendo a través del desarrollo de los hijos, generará una mayor adaptación a los procesos de individuación por los que atraviesan la nueva generación . Lo contrario sería que la dificultad para lograr la autonomía, está centrada en parte en una serie de lealtades familiares y/o pautas transaccionales rígidas que obstaculizan este proceso así como también en problemas crónicos en la estructura familiar. Estos problemas crónicos en la estructura familiar están clasificados en cuatro categorías señaladas por Umbarger (1983):

a) Patología de fronteras .-

Está relacionada con la falta de diferenciación de funciones en los individuos y en los subsistemas a los que pertenecen. La perturbación se genera cuando las conductas de frontera de los que integran los subsistemas se vuelven inadecuadas, ya sea rígidas ó débiles y esto impide el intercambio de adaptación entre los diferentes subsistemas. Se puede observar sistemas familiares “enmarañados” en donde la distancia interpersonal es escasa generando alta confusión en las fronteras subsistémicas. Por ejemplo el efecto de la falta de diferenciación desalienta cualquier intento por separarse o desarrollar un proyecto autónomo o cuando los límites son débiles no hay claridad entre la familia nuclear y la familia de origen o el límite que separa a los padres de los hijos es invadido inadecuadamente con lo cual el subsistema conyugal y subsistema

parental no pueden funcionar de forma correcta. También hay familias “desacopladas” en donde hay excesiva distancia interpersonal. Estas familias toleran importantes patologías sin enterarse ni preocuparse demasiado. Ambas patologías en las fronteras generan ya sea un exagerado sentimiento de pertenencia al grupo familiar que mengua el sentimiento de autonomía y de ser uno mismo ó una dificultad en el caso de la familia desacoplada de regular el ir y venir de los miembros de la familia.

b) Patología de alianzas.-

Estas son de dos tipos principalmente: desviación del conflicto o designación del chivo emisario y coaliciones intergeneracionales inadecuadas. Las primeras reducen la presión sobre el subsistema de cónyuges pero impone tensión a los hijos. Las coaliciones intergeneracionales, sobre todo cuando llevan una larga duración considerable se convierten en una estrecha alianza antagónica de un progenitor y un hijo contra el otro progenitor. Ambas de nuevo merman el desarrollo autónomo de los miembros del sistema.

c) Patología de triángulos.-

Algunas veces, cuando los límites entre el subsistema parental y el subsistema filial se hace difuso se forma un tipo de estructura conocida como “triada rígida”. Al rigidizarse esta estructura, la triangulación que se forma hace que el hijo quede paralizado ya que en esta triangulación cada padre requiere que el hijo se una a él o ella en contra del otro padre. Minuchin, Roseman y Baker (1978) han expuesto cuatro triángulos rígidos patológicos: Triangulación, coalición progenitor-hijo, triada desviadora-atacadora y triada desviadora-asistidora. Esta triangulación se convierte en

una barrera para la autonomía sobre todo cuando no se logra reestructurar los subsistemas.

d) Patología de jerarquías.-

En esta problemática se invierten las jerarquías de poder en la familia. A veces en las familias se invierten los roles, como en el caso de madres que trabajan y padres que se ocupan del hogar. Esto puede generar o no una dificultad sobre todo cuando intervienen patrones culturales. En el caso de cuando el poder se ha conferido al niño, en casi todas las subunidades del sistema familiar aparecerá una conducta disfuncional.

Lo anterior nos señala la forma en que la estructura familiar va determinando el proceso de crecimiento y diferenciación del sistema familiar. Estos temas serán tratados más adelante con mayor profundidad al hablar de las propuestas de Bowen.

En relación al segundo componente de las etapas que exigen reestructuración de la familia, ésta se inicia cuando nace el primer hijo e impacta al subsistema conyugal ya que esto exige un nuevo nivel de formación familiar. La tarea emocional es que tendrán que incluir al hijo a su sistema, sin involucrarlo en los problemas de la pareja. A medida que el hijo o la hija crecen, el desarrollo de la autonomía demanda al subsistema parental modificaciones en sus pautas transaccionales. Al entrar en contacto con el mundo externo, formado por la escuela amigos y otros grupos exteriores la autoridad incuestionada de los padres tendrá que ser reemplazada por una autoridad más flexible y racional y se espera que los padres comprendan las nuevas necesidades de sus hijos y expliquen las nuevas reglas al sistema.

En el transcurso de la adolescencia los requerimientos planteados por los padres entran en conflicto con los requerimientos de los hijos para lograr una autonomía adecuada a la edad. Los padres imponen reglas que no son aceptadas por los hijos. Los hijos comunican sus necesidades, en el mejor de los casos con claridad, y demandan nuevos requerimientos a los padres. Este proceso es inevitablemente conflictivo. La relación de paternidad requiere de jerarquías. Los padres no pueden desempeñar sus funciones ejecutivas a menos que dispongan del poder necesario para hacerlo. Un funcionamiento eficaz requiere que padres e hijos acepten el hecho de que el uso diferenciado de jerarquías y el tipo de autoridad constituye un ingrediente necesario para que el hijo aprenda a negociar en situaciones de poder desigual. La responsabilidad y la obligación de los padres para determinar las reglas de la familia estimulan el derecho y la obligación del niño de crecer y desarrollarse de forma autónoma.

De nuevo, dentro del desarrollo, la familia juega un papel muy importante en la autonomía funcional de cada uno de los miembros. Cada persona de la familia y cada subsistema debe negociar la autonomía e interdependencia de su circuito personal y relacional y entre los subsistemas. En el mejor de los casos, existe un intercambio flexible entre autonomía e interdependencia que promueve el desarrollo psicosocial de cada persona. Minuchin señala que en el trabajo con familias, la independencia es uno de los objetivos terapéuticos. La terapia familiar reconoce la interdependencia de todos los sistemas y uno de sus logros es favorecer un grado correcto de permeabilidad de límites, roles y jerarquías, así como un balance en el proceso de individuación-pertenencia. Los límites deben ser consolidados para facilitar la individuación de los

miembros de la familia. La falta de límites claros genera aglutinamiento, indiferenciación y confusión con respecto a los derechos y obligaciones de cada miembro.

El último componente en relación a la adaptación de la familia a las formas cambiantes señala que la familia se adapta al estrés de modo que mantiene la continuidad al mismo tiempo que permite reestructuraciones. Si una familia responde con rigidez al estrés, se manifiestan pautas disfuncionales. El estrés puede provenir de fuerzas extra familiares que impactan a uno o varios miembros, o bien puede provenir de momentos transicionales de la familia ya sea por cambios originados en la evolución de los miembros ó por cambios originados en la composición de la familia. Uno de los más claros ejemplos es el del comienzo de la adolescencia de los hijos en donde aparece una mayor autonomía y al mismo tiempo una mayor responsabilidad adecuada a su edad. Las relaciones cambian del tipo padre-hijo a relaciones padres-joven adultos. En el mejor de los casos ésta llega a ser una adaptación exitosa, sin embargo es posible que la madre o el padre se resistan al cambio de relación provocando una autonomía ficticia que lejos de alcanzar la autonomía emocional y la capacidad de autosuficiencia del hijo, provoca salidas físicas que encubren dependencias internas e inconscientes encubriendo inseguridades y temores.

Recapitulando, ¿qué aporta el modelo estructural de Minuchin al desarrollo de la autonomía? Para este autor, la autonomía está ligada a la capacidad de alejarse y acercarse, de mantener distancia y cercanía respecto de la familia de origen y de disfrutar y conservar su pertenencia en un sentido más amplio sin perder el sentido de

identidad personal. Estoy de acuerdo con Minuchin, en que la autosuficiencia no siempre refleja una autonomía emocional alcanzada, sino que el joven y la familia pueden engañarse con conductas “como si”, que sólo encubren esta dependencia interna inconsciente, que no logra verse y mucho menos entenderse y por lo tanto, se necesitaría de un proceso de mayor análisis para superarlas.

Lo anterior, se integra a las ideas de dos teóricos que han incorporado su tradición psicoanalítica y sistémica a la construcción de teorías con orientación interpersonal. Uno de ellos es Murray Bowen (1978) quien considera que un factor central que se trasmite de generación en generación como problema es la falta de diferenciación del individuo con respecto a su familia de origen ya que para él, la diferenciación del self es un proceso familiar. El otro autor es H. Stierling,(1994) quien habla sobre la individuación “Con” y “Contra”.

Para Bowen (1978) la autonomía emocional es el resultado de la diferenciación entre la persona y los otros. La persona funciona de forma óptima sin sentirse responsable de los otros, controlado o perjudicado.

El término de diferenciación desde el punto de vista individual es un término que contiene varios elementos conectados. Uno es el grado de control sobre pensamientos y sentimientos; otro es poder discriminar entre lo que se piensa y lo que se siente; el tercero es respetar los criterios propios como bases adecuadas para las acciones y por último asumir la responsabilidad por las consecuencias de éstas. La no diferenciación sería el índice de fusión emotiva en la familia que impide mantener un punto de observación objetiva haciendo difícil definirse con respecto a los otros miembros de la familia.

Cuando nacemos, tenemos un “sí-mismo” (self) apenas diferenciado de la familia de origen y conforme se va madurando y desarrollando, el “sí-mismo” va teniendo grados de diferenciación. Este proceso no es interno sino que existen factores dentro de la familia de origen que facilitan este proceso como son el grado en que la madre/padre se ha diferenciado de sus propios padres; el tipo de relación que se ha establecido entre ellos, sus padres y otras personas significativas; y por último la forma de soportar la tensión o el estrés de la realidad en la que viven.

Bowen señala que el grado de diferenciación que se tiene con la familia de origen en el pasado se repite en el presente con la pareja y en el futuro con los hijos y también determina el estilo de ser y actuar de la persona.

Bowen (1978) y Kerr(1981, 1984), distinguen dos niveles de diferenciación: básico y funcional. El primero es relativamente fijo y se determina de manera genética y experiencial a medida que un niño se desarrolla dentro de su familia de origen. El self permanece estable y no es negociable en vínculos o respuestas a influencias ambientales. El nivel de diferenciación funcional es aquella parte del self que cambia con el ambiente actual y en los diversos vínculos. El nivel de diferenciación básico influirá enormemente en la forma en que el individuo y su familia respondan ante el estrés y la angustia. Estos diferentes niveles están señalando dos variables: un elemento innato y un elemento ambiental conectado con los vínculos. Estas dos variables son las mismas que señalaban los psicólogos del Yo en relación al proceso de separación e individuación. La aportación nueva es la trasmisión generacional que se da en las familias en relación a este proceso. Bowen (1979) habla sobre “la impronta familiar” que es determinante para el grado de autonomía y dice que el grado de

autonomía puede definirse muy precozmente en la infancia tomando en cuenta los factores anteriores de diferenciación de los progenitores con su familia de origen y el clima afectivo que predomine.

Continúa Bowen señalando que la “diferenciación” desde el punto de vista relacional, se refiere al grado en que una persona o familia opera de manera autónoma y auto dirigida (Bowen, 1978). Una familia diferenciada permite el funcionamiento independiente y autónomo de sus miembros y puede mantener este nivel frente al estrés y la angustia. El nivel de diferenciación básico observado en los adultos refleja el nivel heredado y aprendido de su familia de origen como lo señalé anteriormente. El proceso hacia la diferenciación, es un proceso opuesto a las fuerzas emocionales tendientes a la cohesión. La cohesión del grupo familiar, define a los miembros de la familia como semejantes en convicciones, filosofía de vida, principios y sentimientos importantes. La cohesión de la amalgama, se obtiene valorando actitudes como : pensar en los demás antes que en sí mismo, vivir para los demás, sacrificarse, sentir amor, piedad o compasión por los demás y sentirse responsable del bienestar de los otros.

Al igual que Minuchin, Bowen piensa que algunas veces se confunde el término de autonomía con la manifestación de la separación física de los jóvenes sin tomar en cuenta que esta separación puede ser una defensa ante apegos emocionales no resueltos. Existen mecanismos internos y de distancia física para controlar la no diferenciación. Algunos de estos mecanismos internos son el aislamiento emocional. Ante situaciones de ansiedad o estrés o cuando se está en contacto con los padres, las personas se reservan o se aíslan para mantener su equilibrio emocional. Otro

mecanismo, es mantener un grado de distancia física en donde la persona se aleja de la familia de origen ya sea para no verla más o hacerlo muy de vez en cuando. En la adolescencia, a veces, se niega el apego emocional a los padres asumiendo posiciones extremas para demostrar que se ha crecido. Se simula una autonomía que está lejos de serlo. Es importante tener en cuenta estas defensas en el proceso terapéutico y señalarlas para que el paciente pueda entender si está frente a un proceso de separación auténtico o una simulación.

Desde el punto de vista del desarrollo individual Bowen (1978) señala una escala que se mueve en un continuum de indiferenciación-diferenciación. Existe el grado más alto del “no-sí-mismo” o de “no diferenciación”. Se habla de un nivel profundo de “fusión del yo” y escasa diferenciación del sí-mismo”. En las investigaciones realizadas con base en esta escala, se ha encontrado que las relaciones son más estresantes cuando los individuos tienen un nivel de diferenciación bajo y están fusionados. Esta fusión intensa suele desviarse o resolverse mediante el distanciamiento, es decir, el individuo se desconecta emocionalmente de su familia de origen como un medio de hacer frente a la fusión. La desconexión se puede ver reflejada en una limitación de las visitas o en un distanciamiento emocional y psicológico de la persona como tal como se mencionó anteriormente. Las personas con un alto nivel de fusión no tienen un claro sentimiento de sí, en sus vínculos reaccionan de una forma dependiente, operan sobre una base más emocionalmente reactiva y son más propensas a contraer síntomas en situaciones de estrés. El nivel de fusión, refleja el grado de apego emocional, no resuelto, a la familia parental. En una familia fusionada, cada miembro piensa, siente y/o funciona por los demás.

Puedo pensar, con estas ideas, que la búsqueda del equilibrio entre pertenencia y separación no es un proceso lineal de desarrollo que se da con éxito sino que se entrecruzan modelos repetitivos de relaciones, sobre todo cuando hay que enfrentar nuevas tareas de desarrollo.

Considero que la mayor dificultad para el proceso de autonomía, es cuando se excluyen estos procesos de separación y pertenencia y sólo se da una “ilusión” de autonomía y de individuación. Esta idea es reforzada con el concepto de “Corte emotivo” del que habla Andolfi (2003) quien sigue la línea de Bowen. Él señala que el corte emotivo indica “aquella separación física o emotiva, prematura y traumática de una persona, de los vínculos y de los afectos familiares”.(Andolfi 2003, p. 72). Esta es una condición de alejamiento entre los miembros de la familia que los preserva de la confrontación o de la resolución de los conflictos. Este corte puede producir detenciones evolutivas y sentimientos de carencia afectiva en la edad adulta que repercuten no sólo en la persona sino también en las relaciones entre padres e hijos. La principal expresión del corte emotivo es la negación de la intensidad del apego emotivo no resuelto con los propios padres. Los adolescentes, por ejemplo, optarían por una pseudo-separación en cuya base se encuentra la negación de la dependencia emotiva de la familia y la contraposición neta a todo aquello que se pueda asociar con ella (Bowen, 1979). Con esta idea, parece ser que el pertenecer y separarse se convierte en un dilema ya que el proceso implica aceptar la ambivalencia. “Lo paradójico de la individuación es que para separarte es necesario vivir juntos y para poder vivir juntos es necesario estar separados” (Andolfi 2003, p. 184). Andolfi relaciona el corte emotivo con el síndrome del “hijo crónico”. Esta condición se

manifiesta cuando un adulto no logra avanzar en su madurez emocional y se queda bloqueado en una posición de hijo. Se esperaría que el adulto adquiriera una “autoridad personal” que le permite poner un límite entre las jerarquías existentes, ya sea con los padres jóvenes ó padres ancianos y ésto flexibilice los roles y las funciones de padre e hijo dentro de la familia. Sin embargo, el adulto niega la excesiva dependencia justificándola como una forma de lealtad a la pertenencia y acatándose a reglas, mandatos, mitos y prescripciones familiares imposibilitando la responsabilidad de asumir su propia vida. Este proceso de dependencia es recíproco ya que va de la mano con la imposibilidad de los padres ancianos de sobrevivir sin la dependencia afectiva del hijo. Cualquier fractura de vínculo es vivida como abandono.

Dentro del proceso de la Terapia Familiar uno de los fenómenos que se observa como algo que limita y entorpece el desarrollo de la autonomía es también el de la triangulación. Diferentes autores hablan sobre este estilo de relación. El mismo Bowen (1978) señala que el triángulo es la base de todo sistema emocional. Bowen (1978) propuso la idea de que el sistema bipersonal es en sí mismo inestable porque los individuos se fusionan inevitablemente en sus vínculos. Ante esta situación, introducen a un tercero para formar un triángulo y disminuir la angustia o el estrés en la díada. La triangulación es un proceso común que opera en todas las relaciones humanas: familiares, laborales, sociales, etc. En cualquier relación triangulada hay cierta tensión porque invariablemente dos miembros estarán dentro y uno estará fuera. En los periodos de calma, dos componentes del triángulo forman una alianza emocional placentera, dejando al tercero en incómoda posición de extraño, tratando éste de conquistar el favor de uno de ellos. En periodos de tensión, el extraño ocupa

una posición privilegiada, y los otros dos harán un esfuerzo para involucrarlo en el conflicto. Este concepto de triangulación se observa en situaciones de tensión y ansiedad en donde las personas se relacionan de cierta forma dependiendo de su grado de diferenciación. A menor grado de diferenciación, las personas pueden ser movidas como peones. A mayor diferenciación y por lo tanto mayor grado de autonomía las personas lograrán mantenerse emocionalmente bien aun y cuando se presenten ansiedad y tensiones familiares.

Recapitulando ¿qué ideas aporta Bowen a la autonomía? El piensa que el proceso de autonomía, se entrelaza con los procesos del núcleo familiar que de nuevo, favorecen o limitan este desarrollo. También, hace énfasis en la idea de que el proceso de autonomía se mueve en un “continuum” dinámico, es decir, existen situaciones externas que harían pensar que la “diferenciación” se ha perdido, sin embargo, ésto puede ser algo provocado por el contexto que se vive en ciertos momentos y no como un fenómeno permanente de estancamiento.

Otro autor que complementa las ideas de Bowen sobre la diferenciación es Stierlin (1994) quien habla de un proceso de individuación que va co-evolucionando junto con las estructuras sociales que facilitan o limitan este proceso de autonomía emocional.

Stierlin explica el concepto de individualización e individuación y remite ambos términos al *latin individuum*, y con ello, a la unidad y unicidad de un ser singular que es consciente de su unicidad, que emprende algo que luego configura y experimenta. Cuando se habla de individuación, se habla sobre el desarrollo por el cual el individuo

ha atravesado (desarrollo del sí-mismo) Esta “individuación sabida” como la llama Stierlin, aparece en la relación temprana con la madre y luego con ambos padres.

Es interesante entender la manera en que se desarrolla la “individuación-conexa” la cual estoy comparando con el logro de la autonomía emocional. Volvemos de nuevo al proceso de desarrollo, pero no individual, sino un desarrollo que incluye forzosamente a los otros, es decir, la madre, el padre, la familia extensa y más tarde, maestros, compañeros, pareja, todo esto incluyendo el contexto social y cultural. ¿Cómo puede, el niño/a iniciar el proceso de individuación dentro de un relación con la madre, si sabemos que en la infancia existe una gran dependencia física y emocional con ella y posteriormente con el padre y los otros miembros de la familia? Ante esta pregunta, Stierlin responde, tomando las teorías de Renè Spitz, John Bowlby y Daniel Stern, quienes responden desde diferentes posturas a esta pregunta. (Stierlin, 1994).

No pretendo aquí desarrollar las teorías de estos autores pero sí considero importante, mencionar que para ellos el desarrollo progresa, no en lo individual psíquico sino en relación con “Otro” que no puede quedar separado. El nacimiento representa la primera experiencia de separación y el bebé encuentra un lugar y un sentido para su presencia en el espacio familiar. La matriz familiar es lo que permite existir y lo que le garantiza el acceso a lo simbólico. La dependencia afectiva a la familia pasa a ser la condición y también el obstáculo a su propio proceso de separación intra e intersubjetivo. La atención de los padres y de la familia extensa y la interpretación que dan a sus primeras señales, le permite tener información sobre sí mismo y sobre el mundo exterior, pero también le indican que su existencia está ligada al reconocimiento que el otro opera a su respecto. El concepto de “individuación-

conexa” pretende señalar “unos procesos que siempre posibilitan y exigen tanto la individuación y la separación como también nuevas formas y niveles de conexión”(Stierling, 1994. p. 104)

Continuando con esta idea de individuación y conexión, como base del tema de autonomía se puede decir, que el individuo es capaz de limitarse frente a otros individuos reconociendo necesidades, sentimientos, fantasías, ideas, expectativas propias y por lo tanto diferentes a las otras personas importantes en su vida (familia, pareja, amigos) pero al mismo tiempo mantiene conexiones con la familia en la que vive así como con el consenso social.

Con base en esta idea, pienso que la autonomía integra elementos de dependencia así como elementos de separación en cuanto a valores, metas y responsabilidad en el pensar, hacer y actuar. Para Stierlin, es difícil pensar en una individuación aislada como también es difícil pensar en un proceso de autonomía individual. La familia y el contexto sociocultural juegan un papel importante en este proceso. Se puede hablar de una individuación con los padres cuando todos contribuyen al progreso de la individuación. Sin embargo en este proceso se dan situaciones conflictivas. Para realizar la propia individuación hay que tener también posiciones contrarias dentro de una amplitud adecuada de perspectivas y vivencias. Hay que estar dispuesto a soportar el “contra”, defendiendo la propia posición, sin evitar los conflictos. Esto consolida y desarrolla sentimientos de identidad.

A lo largo del desarrollo, señala Stierlin, (1994) el sujeto interioriza tensiones que influyen en las narraciones de vida y programas de acción. En la “individuación con”, el sujeto desarrolla un vínculo de lealtad frente a sus padres, abuelos y otras personas

importantes aceptando lo que le heredan y dando con esto una dirección y sentido a su vida. Aquí señalo que esta “individuación con” los padres se traduce en progreso hacia la individuación. Por otro lado, la “individuación contra” significa que el sujeto se defiende contra lealtades y encargos que superan sus capacidades y que lo ponen en riesgo de experimentar ambivalencias y conflictos buscando su propio camino. Lo importante, dice Stierlin, es la forma que un individuo asume, interpreta para sí y confronta determinadas historias familiares. La “individuación con” significa que el sujeto se deja inspirar en la composición de sus historias por otras personas próximas dejando que ellas proporcionen el marco y los temas principales. La “individuación contra” significa construir las propias historias y sentirse autor responsable de ellas poniendo en cuestión las historias que bloquean su individuación y si hace falta las descarta. Stierlin, al igual que Bowen, señala la importancia de procesos que han quedado determinados por generaciones anteriores, a los cuales llama delegaciones, que están cargados de conflictos, que son transmitidos a las siguientes generaciones y que a veces bloquean la individuación.

Otro autor que complementa esta idea sobre las delegaciones multigeneracionales es Ivan Boszormenyi-Nagy (1973). Para él, la autonomía es un concepto típicamente dialéctico y muchas fallas terapéuticas están en relación al empleo erróneo de la autonomía. Señala como error terapéutico equiparar la autonomía con la separación física. Por lo general, dice “ la separación se alienta partiendo de un punto de vista con fundamento cultural según el cual si hijos y progenitor pueden mantener una separación física, desarrollarán mecanismos destinados a valerse por sí mismos, lo que eventualmente disminuirá su mutua

interdependencia emocional” (Boszormenyi-Nagy 1973. p. 48). Sin embargo, al igual que los autores anteriores, también señala que la separación física puede favorecer un desplazamiento contra autónomo interior, neutralizador, en la contabilización del balance de meritos en el sistema de lealtad de la familia. ¿Qué quiere decir con esto? Que la separación puede inducir sentimientos de culpa en quien la realiza y la culpa es el mayor de los obstáculos para el éxito de la emancipación realmente autónoma. La permanencia, conduce a una mayor independencia más que la prematura huida para evitar hacer frente a las “cuentas”.

¿A qué cuentas se refiere este autor, de dónde vienen estas cuentas y qué implicación tiene en el proceso de autonomía emocional? ¿Cuál es la idea sobre el sistema de lealtad de la familia? Para este autor, el concepto de lealtad multipersonal implica la existencia de expectativas estructuradas de grupo en relación con las cuales todos los miembros adquieren un compromiso. En un grupo, un miembro leal, interioriza las expectativas y asume actitudes para cumplir con los mandatos interiorizados de ese grupo. No cumplir con las obligaciones genera sentimientos de culpa.

El origen de la lealtad familiar se basa en el parentesco biológico y hereditario. Dentro del desarrollo familiar se establecen fibras invisibles pero resistentes que mantienen unidos fragmentos de conducta relacional. Existen “vínculos de lealtad” que significa “toda persona contabiliza su percepción de los balances de toma y daca pasado, presente y futuro. Lo que ha invertido en el sistema por medio de la disponibilidad y lo que se ha extraído en forma de apoyo recibido”. (Boszormenyi-Nagy, 1983. p.57). El tema de la separación emocional, alude directamente a las lealtades emocionales. Dentro del desarrollo, el joven adulto parecería preparado para la

separación física y una vinculación heterosexual, pero íntimamente, puede mostrarse reacio a sellar un lazo de lealtad con cualquier persona ajena a su familia. Muchas conductas como los ataques de agresividad, el descuido insultante, la partida física, la desaparición de todo respeto, entre otras, pueden herir a los padres pero no tocan la cuestión básica de la lealtad.

En cuanto al concepto de individuación, ésta debe percibirse como balanceada contra las obligaciones de lealtad del niño en proceso de maduración hacia la familia nuclear. La definición de individuación se expresa más en función de la capacidad de saldar viejos y nuevos compromisos de lealtad que en términos de logros. El potencial para establecer nuevos vínculos (esposa, matrimonio, paternidad) debe pesar contra las antiguas obligaciones que empujan hacia una unión simbiótica duradera. En la clínica, el descuido de las relaciones familiares puede ocultar compromisos simbióticos con la familia de origen.

En el análisis de la autonomía, ésta no debe visualizarse de manera exclusiva dentro de los límites de la fortaleza yoica de una persona y sus recursos intrapsíquicos sino que para este autor, la autonomía es dinámicamente antitética al de la lealtad para con la familia de origen. La lucha por la autonomía de cada individuo, se ve obstaculizada por oscuras fuerzas de vinculación que deberán hacerse explícitas mediante su enfrentamiento con las obligaciones familiares invisibles.

Dentro del desarrollo, la creciente autonomía del niño, plantea un conflicto con el sistema vertical de lealtades. (generaciones “de arriba”, padres, abuelos). La autonomía en términos relacionales debe abarcar la capacidad para establecer un equilibrio entre compromisos verticales y horizontales, más que abandonar los

verticales. El desarrollo autónomo exige que el hijo se libere de la forma de lealtad exclusiva que lo ataba a la familia de origen y se aboque a las relaciones con sus pares y su pareja. En ciertos sistemas familiares, cualquier movimiento en pos del logro de autonomía por parte de un niño puede constituir una imperdonable deslealtad. A la inversa, la incapacidad para desarrollar autonomía puede ser criticada en forma abierta, pero valorada en forma encubierta como prueba de un compromiso de lealtad para con la familia de origen.

La autonomía, desde este punto de vista de las lealtades familiares, no se conceptualiza en términos funcionales o de eficacia sino que gira en torno al logro de los intentos por hacer un nuevo balance de las obligaciones de lealtad. Esto se logra por parte del adolescente con un prolongado proceso de negociación de acuerdos entre él y sus progenitores. El concepto de autonomía relacional pinta al individuo como una persona que mantiene un diálogo modificado, aunque plenamente responsable y sensiblemente interesado con los miembros de la familia de origen. En este sentido, la persona puede alcanzar la libertad necesaria para trabar relaciones plenas y por completo personales sólo en la medida en que sea capaz de responder a la devoción paterna poniendo interés de su parte, dándose cuenta de que el hecho de recibir guarda intrínseca relación con el hecho de tener una deuda.

Por último, Boszormenyi-Nagy señala que existen mitos y valores culturales que son antagónicos con los conceptos de solidaridad y de obligaciones familiares. Uno de los mitos más difundidos de la civilización occidental es el de la discreta independencia del individuo como entidad idealmente absoluta “monotética”, es decir, se considera al individuo un ser dinámicamente independiente y desconectado de su sistema

relacional. La autonomía adquirida por la separación completa del exterior y la negación de toda relación tiende a verse contrarrestada en lo interior por la acumulación de culpas y responsabilidades. Esto habla más de un proceso personal pero me parece importante no desfocalizar el proceso dinámico entre sujeto, familia y contexto.

Al tratar de conectar las ideas de Bowen, Stierlin y Boszormenyi-Nagy, al proceso de Autonomía entre hombres y mujeres, encuentro que uno de los aspectos que señalan estos autores es que “tanto el niño como la niña pueden delimitar sus sentimientos, ideas y fantasías de los otros mas próximos. En el mejor de los casos, los padres, contribuyen en lo posible a que el niño y la niña se diferencien de ellos y viva este proceso no en términos de peligrosidad sino de enriquecimiento”. (Stierlin, 1994. p.112). El equilibrio en la relación frente al “con” y “contra” dentro de la familia, permite que los conflictos sean permitidos, necesarios y superables sin generar heridas o enfados permanentes. Autonomía no significa desconectarse sino buscar nuevas formas de conexión. Implica estar seguro de las propias convicciones y opiniones al mismo tiempo que se escucha y aprecia los puntos de vista de los demás, así como también, hacerse responsable de las propias acciones frente a tu familia y la sociedad. Autonomía también conlleva una organización interna, que se mantiene ante situaciones de estrés, que delimita a la persona frente a otros en el sentido de diferenciar las necesidades de otros frente a las propias, que permite establecer relaciones intersubjetivas con respeto ante metas y valores diferentes y que le exige una responsabilidad en el hacer y pensar.

Recapitulando ¿cuál es la visión que plantean estos autores desde la perspectiva sistémica de Terapia Familiar? La primera idea es que la familia es un sistema activo en transformación constante que genera estrés y tensión debido a los cambios de la nueva organización pero también permite descubrir y vincularse de formas diferentes. El concepto de sistema activo hace pensar que existe una fuerza innata al desarrollo de la autonomía dentro de la familia pero que al mismo tiempo este proceso está interconectado con sistemas intergeneracionales y externos que influyen fuertemente para el logro de la misma. Se integra también la idea de que la autonomía lleva dos procesos conectados; uno es la necesidad de separarse y diferenciarse de los individuos y el otro la necesidad de cohesión y pertenencia. Esto lleva a la idea de que la pertenencia da seguridad (confianza básica) que permite a la persona diferenciarse y seguir desarrollándose.

Los autores como Bowen, Minuchin y Andolfi aportan también el concepto del triángulo que permite que el mundo de dos se amplíe y genera la idea de que influyen más personas, al menos tres, en el proceso de la autonomía. No deja caer el peso total del desarrollo solo en la madre, como lo afirmaban algunos autores, sino que existe un mundo interpersonal, formado por personas significativas (el padre, abuelos, tios, hermanos, etc) que contribuyen también al logro de este proceso. A esta idea se suman también Stierlin y Boszormenyi-Nagy.

El concepto de adaptación también es básico donde se plantea que la adaptación está en función de que los miembros del sistema puedan ir adaptándose a las funciones complementarias de los demás. Señalan que no siempre esta evolución

puede producirse ya que a veces las reglas que gobiernan el sistema familiar impiden la individuación y la autonomía de los miembros.

Los teóricos de la terapia familiar no hablan de “patología” en relación a los estándares de la psiquiatría pero sí señalan fenómenos interpersonales que dificultan la autonomía como son estructuras familiares rígidas, roles parentalizados, reglas establecidas que señalen la imposibilidad de “abandonar el campo”, triangulaciones, lealtades que imposibilitan la diferenciación, límites difusos. Estos teóricos coinciden en que cohesión y separación son dos términos que no pueden separarse. La autonomía va de la mano con la incorporación y más tarde con la identificación de valores y creencias familiares, sociales y culturales.

2.1.- Autonomía, Cultura y Género.

En este apartado reviso algunos cuestionamientos que han realizado autores como Mónica McGoldrick, Olga Silverstein, Mariana Walters, Celia Falicov y otras, vinculados al proceso de autonomía. Considero que es interesante mencionar sus ideas porque incluyen otros elementos importantes a tomar en cuenta en el desarrollo de este proceso. Ellas hablan de la socialización y marcan una diferencia en la forma de transmitir valores, roles, expectativas y estilos de relación a hombres y mujeres.

Falicov señala que “las diferencias culturales pueden hacer, que en algunas familias, la etapa de interdependencia entre la madre y los hijos pequeños sea más prolongada, o que no exista una etapa de emancipación neta para los adultos jóvenes o una etapa marcada de “nido vacío” para los padres de edad madura o aun ancianos, como es el caso de las familias mexicano-norteamericano” (Falicov y Karer, 1980).

En nuestra cultura mexicana existen patrones específicos en hombres y mujeres para la emancipación familiar dependiendo de la clase social a la que se pertenece. No se cuenta con muchos apoyos sociales que faciliten a los jóvenes iniciar una vida laboral paralela a sus estudios universitarios que faciliten la transición a una vida con mayor independencia. La Encuesta Nacional de la Juventud 2005 arroja una serie de datos interesantes sobre las nuevas realidades que viven las y los jóvenes de México y que impactan en el proceso que los jóvenes experimentan para adquirir el estatus de adulto. Las condiciones para que el joven logre la emancipación están basadas en una independencia económica, la autoadministración de los recursos disponibles, la autonomía personal y la constitución de un hogar propio. Sin embargo, estas condiciones tienen cada vez mayor dificultad para cumplirse. Los cambios que se han producido a nivel mundial, regional, nacional y local han complejizado el proceso. Algunos factores que han influido para romper el significado del circuito ideal: familia-escuela-trabajo-participación social va en la línea sobre las transformaciones en la familia debido a muchas razones como la incorporación de la mujer a los mercados de trabajo, la exclusión escolar así como el aumento de los niveles de escolaridad y su relación inversamente proporcional con las opciones de empleo; la diversificación de los mercados de trabajo (ampliación de trabajos informales) además del género, el origen social, la región de pertenencia y la exclusión del sistema escolar.

Analizando cada uno de los aspectos anteriores la investigación realizada por la ENJ 2005 (Encuesta Nacional Juvenil) formuló cuestionarios en relación a la dinámica interna familiar y la permanencia de los jóvenes en el hogar para explicar si esto puede ser debido al deseo de “conservarse protegido” por la familia o falta de deseo de

establecer un compromiso de pareja o una estrategia de sobrevivencia ante la crisis. También la transición escuela-trabajo genera en los jóvenes frustración ya que actualmente la búsqueda de trabajo se ha convertido en un trabajo en sí mismo. El autoempleo genera inestabilidad laboral y económica y por ende puede tener efecto en los estilos de relación de pareja ya sea para cohabitar o tener hijos.

Al focalizar la socialización en el contexto de nuestro país la ENJ 2005 arrojó resultados interesantes en cuanto a los jóvenes mexicanos. Señala que hay roles claramente diferenciados entre el hijo, la hija y los padres; el papel de la madre en las familias mexicanas tiene que ver con: la compra de la comida y con el cuidado de los enfermos, status que cuida la reproducción de la familia y atiende la parte afectiva. Los jóvenes toman decisiones personales en cuanto a la forma de gastar el dinero, salir de paseo y su vida sexual. Desde la perspectiva de los hijos en la familia las decisiones o se toman de manera conjunta (padre-madre) o es la madre quien se hace responsable. Raramente la figura paterna tiene preeminencia sobre aspectos como qué hacer cuando los hijos se enferman, sobre los permisos, disciplina, educación, diversión, organización del dinero en el hogar y algunos otros relacionados con el hogar. En cuanto a los valores de los jóvenes, se transmiten fuertemente desde el interior de la familia. Es en el interior de la familia donde los jóvenes conversan con la madre si tienen algun problema o necesitan algun consejo.

En la etapa de elegir pareja o unirse existe una diferencia entre hombres y mujeres en relación a los valores y a las premisas de género con las que hemos sido socializados. Para los hombres las cualidades que deben existir en sus parejas son la sinceridad, los aspectos físicos, el amor y la amistad; en cambio para las mujeres el

que sea trabajador, la sinceridad y la responsabilidad son cualidades importantes. En esta investigación (ENJ 2005) señalan la salida de los jóvenes del hogar paterno/materno, en edades que oscilan entre los 18 y 20 años (43%) y los 21 y 24 años (21.3%) y entre los 15 y 17 años (18.4%). Los motivos por los cuales salieron fueron porque se casaron o unieron, por motivos de trabajo o porque tenían problemas con sus padres pero muy pocos lo hicieron porque querían su independencia.

Otra visión sobre el contexto socio cultural mexicano y el proceso de autonomía de los jóvenes, lo señala Onécimo Hernández (2000) en un estudio sobre familias y niñas de la calle. Este autor señala que debido a las dificultades económicas y los grandes problemas sociales de nuestro país existen sectores en situaciones límites de sobrevivencia que afectan la dinámica familiar y dentro de ésta, la expulsión de los hijos del hogar a muy temprana edad. Señala que “las relaciones de pareja sufren en su mayoría maltrato físico, psicológico y sexual y esto repercute en todos los miembros de la familia. Desde este contexto las niñas/niños encuentran pocas posibilidad de sobrevivencia dentro del ámbito familiar, finalmente salen expulsadas del hogar” (Hé Hernández, 2000. p.39). Lo anterior habla de una situación socio económica que orilla a los niños /jóvenes a sobrevivir en las calles en condiciones riesgosas. En México existen familias que tienen poco tiempo de vivir en la ciudad de México y que en un gran porcentaje provienen del interior del país, de zonas rurales, principalmente de Chiapas, Oaxaca, Guerrero, Veracruz, Tabasco y pocas veces del norte del país. Vuelve a señalar Hernández que estas familias por lo general tienen bajos recursos económicos por lo que sus miembros presentan desnutrición y bajo nivel escolar. Esto hace que la familia se vea obligada a buscar subsistencia en empleos de bajo salario o

muchas veces en robo, delincuencia y prostitución. Las problemáticas que presentan regularmente están centradas en la disfunción familiar, la desintegración, el alcoholismo, la drogadicción, brindando todo esto pocas alternativas de desarrollo y cambio.

Lo anterior lleva a reflexionar sobre la importancia que ejercen en la autonomía no solo los factores familiares y la dinámica interna familiar sino también los factores externos sociales y económicos que permean a las familias y por lo tanto a sus individuos.

Me gustaría señalar que ante estas condiciones familiares, sociales, económicas y las pocas oportunidades de educación y trabajo, es difícil pensar en el desarrollo de una autonomía tal y como se ha venido planteando en este trabajo. Algunos jóvenes abandonan el hogar en la mayoría por motivos de violencia, maltrato y abuso físico cayendo en situaciones muchas veces más problemáticas como por ejemplo, grupos de vandalismo, drogadicción, situación de calle, creando depresión, embarazo temprano, y muchas veces repitiendo patrones de violencia y maltrato. Todo esto impide avanzar hacia un desarrollo autónomo, quedando atorados en su individuación.

Otras ideas en relación a la importancia del contexto la presenta McGoldrick. Para las mujeres, dice McGoldrick (1991) la socialización está basada en valores que focalizan el cuidado y los vínculos, la interdependencia, lo relacional y la atención al medio. Estos valores, que son atributos femeninos, serían valores hasta cierto punto opuestos a los valores centrales transmitidos para los hombres basados en la separación, la diferenciación y la autonomía. Esta idea la hace criticar fuertemente la visión planteada por Erickson sobre el concepto de “adultez saludable” e “identidad

separada de la familia” debido al desbalance en la socialización ya que las mujeres han interiorizado el contacto y los vínculos y existe una identificación con estos valores.

Con el proceso del desarrollo señala McGoldrick (1991) las mujeres se identifican con roles dentro de la familia centrados en la responsabilidad del bienestar y cuidado de los otros, ya sean, padres, hijos, pareja. En las últimas décadas algunos de esos roles han cambiado, sin embargo, aun se observa que algunas mujeres se sienten “culpables” si no lo hacen mientras que otras se definen a sí mismas en un contexto de relaciones humanas y se juzgan en términos de su habilidad para el cuidado de otros. Esto refuerza el desbalance del que habla McGoldrick (1991) en relación a que las mujeres estaríamos más limitadas, en términos de la teoría desarrollada por Erickson a alcanzar la madurez y autonomía.

Por otro lado, McGoldrick (1991) menciona que las mujeres han vivido procesos de socialización que censuran la asertividad, el pensamiento auto directivo y las conductas que son necesarias para la diferenciación y señala que existen obstáculos sociales como la inequidad de género y la marginación que impiden el logro de la autonomía en términos de conductas. Ante esta idea, McGoldrick señala que, a diferencia de lo que dice Bowen, la diferenciación no estaría solamente apoyada por el grado de apego de cada padre a su familia de origen, ni por la forma de afrontar los momentos difíciles que se presentan en la vida, sino que también habría que tomar en cuenta, el género y la cultura para entender las formas que estos elementos interfieren en la valoración de ciertas conductas que podrían ser catalogadas como obstáculos para lograr la autonomía, como por ejemplo, el sentirse responsable de los otros o pensar en los demás antes que en uno mismo o bien, hacerse responsable del bienestar de los otros.

Otra autora que focaliza el proceso de socialización y la diferencia en la crianza entre hombres y mujeres es Mariane Walters (1991) . Ella señala que en la familia, la madre educa a la hija dentro de una serie de dobles vínculos socialmente construidos. Por un lado las hijas son conectadas con la vida intrafamiliar y todo lo que esto conlleva (cuidado de otros, tareas domésticas, apegos, formas de dependencia, etc) y por otro desea que sean capaces de definir sus propias necesidades como un ser adulto e independiente. En cambio criar a un hijo significa formar a un hombre, a un trabajador, una persona con aspiraciones públicas y logros personales, un individuo autónomo. Coincide con McGoldrick en la idea de que las expectativas culturales sobre la crianza de los hijos varones está basada en que sean criados para ser agresivos, firmes de carácter, independientes y competentes mientras que las hijas mujeres son formadas de un forma que sacrifican su autonomía en aras del bienestar familiar.

Olga Silverstein (1991) señala que en el campo de la salud mental se tiende a atribuir muchos de los trastornos que sufren los hijos a “un exceso de madre y una insuficiencia de padre” es decir se dio un gran peso al vínculo con la madre como factor desencadenante de patología ó salud mental. Esto generó la clasificación de “buena madre” o “mala madre” dependiendo de la relación que establecía. Silverstein hace una revisión interesante en relación al vínculo madre/hijo y madre/hija y señala que los rasgos de una mujer como son la calidez, atención y cariño se ven como oposiciones a la objetividad, frialdad y autonomía que necesita el hijo varón para tener éxito fuera del ámbito familiar. La madre de hijos varones tiene que ser cuidadosa de la expresión de su cariño o atención y percatarse del momento en que debe retirarse y entregarle a su hijo al padre y al mundo de los hombres. Esta situación hace que la intimidad del dúo

madre-hijo se abandone poniendo a la madre en una posición de “buena madre” porque ha facilitado un patrón de desarrollo emocional en su hijo que está en directa oposición al de ella.

En el caso de la relación madre-hija ambas comparten un mundo cotidiano y familiar. Ambas crean un vínculo con lazos de responsabilidad compartida muy fuerte alrededor de la vida familiar. La madre cría a su hija para que se convierta en esposa y madre y la relación entre ambas se define en un espacio intrafamiliar. Esta aportación de Silverstein es interesante ya que incluye el tema del campo de la salud mental para determinar ciertas conductas como sanas y otras como patológicas dependiendo de los roles en relación al cuidado y la crianza de los hijos. La ideología internalizada sobre lo que es ser “una buena madre” se contrapone con otras necesidades y expectativas que corresponden al mundo externo. Han sido las teorías psicoanalíticas tradicionales que, han focalizado casi exclusivamente la relación madre/hijo en la infancia, excluyendo otras relaciones en la familia en el desarrollo de la autonomía.. Mabel Burin (1990) señala que ya es un mito señalar a la madre como la única responsable del desarrollo con éxito o fracaso de los hijos y por ende, de su autonomía.

Creo que estas tres autoras coinciden en que las teorías que han sido valoradas en relación al desarrollo de la autonomía han carecido de la visión de género y tampoco han tomado en cuenta la complejidad de los contextos históricos y socioculturales. Sus aportaciones son valiosas debido a que señalan las diferencias en la socialización entre hombres y mujeres y esto está directamente relacionado con la identidad de cada uno de ellos.

Algunas teorías sobre el desarrollo de la identidad justo señalan que lo que sustenta la identidad son las introyecciones e identificaciones que se tienen. Basados en esta idea, el niño y la niña introyectan elementos del medio ambiente, incluyendo los estilos de relación, y se identifican con algunas de éstos, formando más tarde parte de su identidad.

Si se establece una diferencia en la relación con el hijo varón y la hija mujer, como lo señalan estas autoras, se puede apoyar la idea de que la autonomía es vivida de forma diferente por ambos géneros y también permite entender la crítica que hacen estas autoras a las teorías del desarrollo basadas en una visión masculina. Así mismo, se puede incluir la idea de que para algunas mujeres la socialización ha estado alrededor de ser madre, esposa y ama de casa pero esto no quita el hecho de que las mujeres busquen un crecimiento personal y un desarrollo de sus proyectos personales.

Lo anterior lleva a señalar que la autonomía está colocada en una realidad que incluye procesos de socialización, la cultural y el género. Los jóvenes en México, desde los 12 a los 29 años de edad, se enfrentan con dificultades para la salida del hogar paterno/materno no solamente por factores personales y familiares sino por otra realidad conectada con situaciones de crisis económicas, por factores sociales y culturales que limitan oportunidades educativas y laborales. Con esto afirmo que no toda permanencia en el hogar, por cuestiones de crisis económicas u otros motivos, signifiquen falta de autonomía, sino al contrario, existe la posibilidad de permanecer en el hogar desde un lugar autónomo.

Recapitulando ¿cuáles son los elementos importantes sociales, culturales y de género en el proceso de la autonomía? Las autoras norteamericanas como McGoldrick y Marianne Walters le dan peso al aspecto de socialización que se lleva a cabo dentro de las familias. Existe una diferencia notable en la crianza de hijos e hijas. Ellas señalan que los valores que se atribuyen a las mujeres están centrados en mantener los vínculos familiares a través de la responsabilidad y el cuidado de los otros, principalmente padres, hijos y la pareja. Existe todavía un desbalance en los roles de género lo que genera que cuando las mujeres buscan espacios de mayor autonomía laboral, económica y social, se presentan diversas problemáticas: unas de ellas internas como serían los sentimientos de culpa por dejar a los hijos al cuidado de otros o la decepción por no ser reconocidas familiarmente por sus aportes al hogar; otro tipo de problemática es externas como la doble jornada de trabajo, en donde la mujer limita sus horas de descanso y esparcimiento por la suma de responsabilidades laborales y familiares, es decir, no solo cumple con un número de horas en el trabajo sino que se suman las horas de trabajo dentro del hogar en donde se responsabiliza en la mayoría de las veces del funcionamiento de la casa y la crianza de los hijos.

Onécimo Hernández plantea una problemática diferente. El señala que las dificultades económicas y sociales por las que atraviesa nuestro país (focalizando la Cd. De México) genera cinturones de familias marginadas en donde predominan conductas violentas, desintegración familiar, abusos sexuales, falta de oportunidades escolares y laborales, entre muchas otras problemáticas. Esto orilla la expulsión de los hijos a la calle en busca de ingresos para sostener el gasto familiar. Las mujeres salen del hogar en busca de una oportunidad de trabajo que por lo general se reducen

a subempleos; los niños y adolescentes en estas familias pocas veces pueden asistir a la escuela trayendo como resultado un nivel escolar bajo y casi nulas oportunidades de superación. Muchas veces estos jóvenes terminan migrando a otro país para subsistir. Las hijas se ven obligadas a trabajar desde temprana edad porque el salario de los padres es insuficiente.

¿Cómo viven algunos jóvenes el proceso de autonomía? Me temo que los múltiples problemas dificultan enormemente el desarrollo de estos jóvenes pudiendo observar problemas alrededor de la drogadicción y alcoholismo. Algunos de los jóvenes se estructuran en función de pandillas, relaciones sexuales sin compromiso, el robo o la droga. La expulsión del hogar les genera estrés, presiones diarias, inestabilidad, lazos de afecto fracturados, falta de límites y por lo tanto falta de consecuencia por sus actos y todo esto concluye en una autonomía falsa, tendiente a quedarse más ligados, como una fuerza homeostática, a los contextos de los que desearían lograr autonomía.

El panorama anterior invita de nuevo a focalizar la importancia de tomar en cuenta estos factores anteriormente mencionados en el logro de este proceso de desarrollo.

CAPITULO III.- AUTONOMIA Y SISTEMA TERAPEUTICO

En este capítulo, reflexiono sobre algunas ideas, en relación al tema de autonomía y el trabajo terapéutico ya sea que se trabaje en forma individual o familiar. ¿cómo se arma el sistema terapéutico y cuáles elementos entran en juego?

Los procesos cognitivos y las emociones son influidos por la percepción del mundo exterior, así como también por las fantasías y estados mentales del mundo interno y ambos contribuyen a la percepción que se tiene del sí- mismo y de los otros. En el proceso terapéutico estos dos elementos se ven reflejados en el pensar y hacer del paciente y también del terapeuta. Un terapeuta independientemente de su orientación, forma un nuevo sistema en el cual, influye y es influido por los elementos que lo forman.

El análisis del concepto de familia lleva a afirmar que la familia es un sistema en la medida en que el cambio de una parte de ésta va seguido de un cambio compensatorio en algunas de sus partes. Además, el funcionamiento de un sistema depende del funcionamiento de otros más amplios de los cuales forma parte y de sus subsistemas. El terapeuta forma parte de este concepto de familia.

En el contexto terapéutico, terapeuta y consultante o terapeuta y familia, se encuentran en un sistema nuevo que se ha formado ante la demanda de ayuda de la persona o la familia. Esta demanda puede ser debida a una problemática en la relación de pareja o con los hijos, de conductas que se presentan o por síntomas que presenta alguno de los miembros de la familia. En este nuevo sistema terapéutico, aparecen motivaciones hacia el cambio pero al mismo tiempo fuerzas que lo impiden. Diferentes autores (Fortes de Leff, 2009) han hablado de la forma en que el terapeuta es

“absorbido” (sobre todo cuando no se tiene experiencia y no se tiene la suficiente supervisión) por el sistema familiar sin darse cuenta, desempeñando roles o comportamientos y formas de pensar que arrojan colusiones o alianzas, triangulaciones, pérdida de fronteras, disminución de jerarquía, todo esto como formas de mantener el “status quo” pero que le impiden pensar diferente y por lo tanto provocan poca o ninguna utilidad terapéutica. El resultado varía, desde “eternas terapias que refuerzan el “más de lo mismo” o la necesidad del terapeuta de generar cambios abruptos que terminan por abandonos del tratamiento del paciente o de las familias.

En el sistema terapéutico, señala Elkaim (1988,1990) se desencadenan múltiples procesos en los que el terapeuta y los consultantes resuenan, convergen y divergen. Se forma una compleja interacción entre el mundo personal y profesional del terapeuta y el de los consultantes con sus propios subsistemas individuales, además del contexto social y político en el que se da el proceso terapéutico.

Me pregunto, ¿Cómo hace el terapeuta para diferenciarse/separarse del sistema sin romper con éste? ¿En qué forma puede mantener una autonomía frente a fuerzas que lo absorben o cuando, en la problemática predomina la poca diferenciación de los miembros del sistema? ¿Cómo logra mantener coherencia entre incluirse en el sistema y al mismo tiempo replegarse, observar y evaluar los acontecimientos significativos? Estas preguntas pueden ser contestadas desde diferentes autores.

En la terapia Estructural, Minuchin señala procesos de unión y acomodamiento y menciona que el terapeuta puede elegir por una posición cercana, intermedia o distante. En la primera, el terapeuta acepta y respeta la forma en que la familia está

organizada, confirmando sus estilos y proceso; en la posición intermedia, cuestiona la dinámica y realidad familiar a través de preguntas y observaciones y en la última posición, el terapeuta trata de cambiar esta organización a través de indicaciones, utilizando su jerarquía de experto. Si tomamos la primera posición cercana, esto implica para el terapeuta comprender desde la familia, la definición de sí misma y de sus miembros, cuál es el estilo de relación que predomina y cuáles sus premisas culturales desde las que explican lo que les pasa en relación a ellos mismos y a su contexto en el que interactúan. Aquí se mezcla el marco epistemológico del terapeuta y la observación para definir el modelo familiar.

Minuchin (1996) señala que el terapeuta se apoya en el “saber hacer” utilizando técnicas que implican intervenir para generar cambios. Se asocia a la familia en posición de líder, utiliza su jerarquía para introducir tareas planificadas que activen conductas nuevas. Redefine el síntoma desplazando el foco del individuo al grupo familiar, y desafía la definición que la familia trae del problema. Con esto, quiero señalar, que el terapeuta marca una clara diferencia entre lo que él piensa que es el problema y lo que la familia o el individuo piensan que le pasa. ¿Cuál es el resultado de esta diferencia entre terapeuta y familia? Una reacción puede ser que la familia se asuste y entre en un grado de angustia ante la diferenciación que se está presentando. Para Minuchin esto sucedería si el sistema es primordialmente rígido, es decir, impenetrable y poco flexible y no acepta cambios. Esto se asemeja a la situación familiar cuando uno de los miembros trata de diferenciarse del sistema. Dependerá del grado de tolerancia que la familia tenga ante la diferenciación de uno de los miembros

del sistema. También entra en juego el sistema “emocional y relacional” que se establezca con el terapeuta.

Sobre el tema de cercanía-distancia del terapeuta. ¿Tenemos que pensar en un balance en los niveles de cercanía entre terapeuta y consultantes? Para ampliar esta idea, lo relaciono con la situación de diferenciación-indiferenciación de la que habla Bowen (1986). Señala este autor que en la “masa indiferenciada de la familia”, cualquier elemento que exija o sugiera una diferenciación, genera grados de angustia y desorganización dentro del sistema. El sistema aborta cualquier intento de uno de sus miembros por diferenciarse debido al miedo que esto genera. Esta situación puede ser reproducida en el sistema terapéutico. Bowen hace una serie de planteamientos no sólo teóricos sino también clínicos con respecto a esto, que guían el proceso terapéutico. El esfuerzo técnico consiste en analizar el proceso emocional que existe entre los miembros de la familia y tratar de mantenerse emocionalmente apartado de ella, es decir, no contra actuar la transferencia. ¿Cómo manejar la transferencia? Volvamos al concepto de “masa indiferenciada del yo familiar”. Se trata, dice Bowen (1991) de “una identidad emocional aglutinada que existe en cada nivel de intensidad, tanto en familias que es mas evidente como en aquellas que es casi imperceptible” (Bowen, 1991, p.100).

El concepto fundamental de este punto es que esta identidad produce un proceso que circula dentro de la familia y arroja modos precisos de respuesta emocional. El nivel de compromiso de cada persona dentro de la familia depende del grado de compromiso básico en la masa del yo familiar. Este proceso emocional es dinámico y cambia dependiendo de momentos de tensión o calma. Hay situaciones que generan una

“reacción emocional en cadena”. Una conducta de uno de los miembros genera o da principio a una serie de acciones-respuestas de otros. Este planteamiento destaca tres conceptos teóricos importantes:

- a) El primero es el grado de “diferenciación” del sí-mismo de una persona (fusión del yo-diferenciación del sí mismo, incluye relaciones simbióticas).
- b) el segundo grado es el “proceso de proyección de la familia” en donde los problemas de los padres se transmiten a los hijos, es decir, las relaciones dentro de la familia nuclear son influidas por fuerzas emocionales externas que pueden venir de la familia extensa, o de otro tipo de relaciones laborales o sociales.
- c) el tercer concepto se refiere a la interdependencia multigeneracional de los campos emocionales y a la transmisión que hacen los padres de distintos grados de madurez o inmadurez a través de varias generaciones.
- d) Un cuarto sería el contexto.

Clínicamente, en algunas familias, los problemas de la “masa del yo” están relativamente contenidos en una de estas tres áreas, por ejemplo: puede existir graves conflictos conyugales pero no perjudican al otro cónyuge ni transmiten el conflicto a los hijos o todos los conflictos conyugales se transmiten a los hijos. Sin embargo señala Bowen que en su experiencia en la mayor parte de las familias el problema se extiende a las tres áreas.

Al retomar el tema sobre “la diferenciación del terapeuta en el proceso terapéutico”, Bowen señala que uno de los procesos más importantes es la atención constante que el terapeuta pone al definir su sí-mismo frente a la familia. Desde la primera entrevista, el terapeuta asume su posición y esto determina “qué hacer y qué

no hacer”, así como también en el proceso de “diferenciación del sí mismo de la familia” preguntarse si existen zonas ambiguas en las que él no ha podido definir. Una de las formas que este autor utilizó en la formación de terapeutas familiar con esta orientación fue la vivencia propia de ellos en sus propias familias de origen y pudo observarse el grado de diferenciación que tenían frente a estados emocionales que se daban. El concepto de zonas ambiguas del terapeuta o puntos ciegos se puede relacionar con la propuesta del enfoque psicoanalítico en cuanto a señalar la importancia de un análisis personal donde el terapeuta cobre consciencia sobre su omnipotencia ligada al narcisismo u otra serie de conflictos internos que estuvieran pasando por una contratransferencia en el tratamiento.

Otros autores que también consideré importante revisar en cuanto a su propuesta teórica y técnica con relación a la autonomía del terapeuta y que siguen un poco esta línea de Bowen son Andolfi y Boszormenyi-Nagy. A continuación presento una integración de estas ideas.

La mayoría de los terapeutas familiares revisados en este trabajo señalan los “triángulos” como base de los sistemas emocionales que impiden la diferenciación de una persona y por lo tanto impiden el desarrollo de su autonomía. Los triángulos también se asocian con el fenómeno de la “parentalización”. El fenómeno de la parentalización se refiere a aquél que involucra a una de las partes del triángulo para que adopte roles que no le pertenecen. Por definición, “la parentalización implica la distorsión subjetiva de una relación, como si en ella la propia pareja o incluso los hijos, cumplieran el papel del padre” (Boszormenyi-Nagy, 2008, p.182). Esta distorsión se observa en conductas de dependencia o de forma menos notoria en deseos que están

en la fantasía. Este concepto tiene dos lados: uno es aquél que en el hijo parentalizado le permite probar un “rol responsable” para su vida futura; el otro es cuando queda atrapado en una atmósfera de obligaciones llenas de culpa que lo dejan atrapado por largo tiempo en una serie de exigencias unilaterales. Este fenómeno observado entre adultos (pareja conyugal) se da cuando una de las partes pone en una condición infantil al otro, quedando él o ella relegada a una condición proveedor, cuidador, etc. pero en el caso de los hijos, la distorsión de la relación avanza por otro lado. En primer lugar, la diferencia generacional se invierte. El niño se convierte en adulto “imaginario” y esto genera la fantasía de “rescatar” a un progenitor así como también el padre puede tratar al hijo como si fuera un igual desde el punto de vista generacional, en vez de alguien perteneciente a otra generación. Las implicaciones clínicas se observan en relaciones muchas veces incestuosas, o estimulación de relaciones edípicas entre progenitor e hijo. También la parentalización conlleva la dificultad de límites, jerarquías y la asignación de roles; así encontramos familias en donde la conducta regresiva de los padres exige de manera abierta que los hijos pequeños asuman el rol de cuidadores. Se puede observar en la terapia familiar, hijos cargados de responsabilidades familiares. Algunas veces, en periodos de estrés, los hijos asumen roles de responsabilidad transitorios como forma de reorganizar el sistema, sin embargo, cuando la parentalización se eterniza, comienza a afectar en forma seria el desarrollo del hijo, y a su vez, esto dificulta la diferenciación y autonomía.

En el proceso terapéutico, *¿Cómo ayuda el terapeuta a la emancipación del individuo cuando detecta este fenómeno?* Boszormenyi-Nagy señala que pueden suceder varias cosas: una es que los padres transfieran al terapeuta de significado

paterno y esto puede disminuir la presión sobre el hijo. A veces esta mejoría en el estado emocional hace que la familia abandone el tratamiento. Otra es que rechacen al terapeuta por vivirlo como “objeto malo”, es decir, viene a sustituir sus crueles introyecciones parentales. Si la familia logra quedarse, se reconocen y reelaboran las relaciones ensayando nuevos roles familiares que correspondan tanto a su edad como a su posición en la familia.

Existen otros autores, algunos psicoanalistas, que amplían esta idea de Boszormenyi-Nagy sobre lo que transfiere o proyecta el paciente o la familia al terapeuta, provocando “respuestas de rol”, desvanecimiento de límites, confusión y sensaciones de encontrarse aprisionado. Esta respuesta del terapeuta permite al paciente o a la familia mantenerse a salvo del dolor o sufrimiento que le puede generar el reconocimiento de su conducta. Esto nos lleva a reflexionar sobre el concepto de intersubjetividad.

Andolfi (2003) habla de una “intersubjetividad” en el proceso terapéutico y señala que cuando el terapeuta entra a ser parte del sistema no se aboca solamente a ser un agente de cambio sino que en la interacción recíproca restituye un sentido de posibilidades de crecimiento personal. Con esto se recrean nuevas bases relacionales que permite a la familia o al individuo, generar sus propios recursos. Esta idea de que el individuo y la familia son capaces de auto generarse significa que la función del terapeuta es en parte activar procesos a través de los cuales, junto con el paciente o la familia se haga posible negociar el sentido de las relaciones recíprocas y de la propia identidad. El sí-mismo del terapeuta es de suma importancia ya que éste se encuentra al servicio de la relación. Está por demás decir que un sí-mismo indiferenciado

generará “impasse” en alguna fase del tratamiento generando dependencias o luchas de poder. El terapeuta tendrá que cuestionarse si su comportamiento lo está generando . Es por esto que Andolfi (2003) sugiere un ir y venir del terapeuta, que le permita observar su comportamiento e influencia en la relación, distanciarse cuando sea necesario y al mismo tiempo tener acceso al sistema a través de las “resonancias” emocionales que transmiten contenidos que merecen la pena ser explorados.

Me parece importante detenernos en el concepto de resonancias emocionales. Money Elkaim (1998) se pregunta ¿qué hace que un terapeuta particular desarrolle un comportamiento que determine la no evolución del sistema terapéutico? Este autor propone las bases del concepto de “resonancia”. Dice: “En el contexto de una resonancia, un elemento histórico propio del terapeuta y de los miembros de la familia es amplificado por el sistema terapéutico, lo cual, cumple la función de reforzar las creencias profundas de los miembros del sistema familiar y del terapeuta” (Elkaim, 1998. p.46). Él señala que la resonancia puede ser tanto un elemento de no cambio como una herramienta de intervención. ¿A qué se refiere con esto? Señala que en la situación terapéutica, nace un sentimiento en el terapeuta que no sólo está ligado a él sino que está ligado también a los pacientes o a la familia, es decir, el sentimiento que se genera en el terapeuta no es reducible a él. Este sentimiento que nace en el terapeuta puede ser un indicador importante del proceso. El terapeuta primero analiza lo que siente con relación a su propia historia antes de verificar que este sentimiento pertenece al sistema familiar o al individuo. Si resulta que lo que el terapeuta ha vivido es también importante para los miembros de la familia o la persona, descubre entonces el puente único y singular que lo liga a esta familia en un momento específico de la

terapia. El terapeuta utiliza ese puente único y singular para ayudar a los miembros del sistema terapéutico a ser menos prisioneros de las construcciones del mundo que les han impedido evolucionar. Es ahí en donde la resonancia se convierte en una herramienta de intervención dirigida al cambio.

El concepto de resonancia se confunde con el de autoreferencia. La autoreferencia alude a lo que el psicólogo lleva de sí mismo al contexto terapéutico. Ambos conceptos, resonancia y autoreferencia, conciernen a dos sistemas, donde se hallan y se intercambian informaciones, emociones y experiencias. El terapeuta utiliza la autoreferencia y la resonancia como ayuda para el proceso terapéutico. Lo importante es que el terapeuta a través de la resonancia, comprenda mejor el conflicto del paciente, pero al mismo tiempo, reconozca sus propios procesos autoreferenciales.

En la clínica psicoanalítica, el concepto de autoreferencia, del cual hacen referencia Elkaim y también Andolfi, se asemeja al de contratransferencia. La investigación que el terapeuta hace en resonancia con el paciente es un área desarrollada por analistas posteriores a Freud. Él pensó que la contratransferencia era un obstáculo para el tratamiento, pues surgía de los aspectos conflictivos no analizados del propio analista. Para Freud, el estudio de sus reacciones emocionales hacia el paciente no constituyó un tema central: “la contratransferencia actuaría como un escotoma que impide ver los conflictos del paciente y limita el proceso psicoanalítico” (Freud, 1910). Hoy por hoy, algunos autores consideran la contratransferencia un instrumento esencial para la comprensión de la situación analítica. Racker (1948) y Paula Heimann (1950) propusieron que la contratransferencia es un fenómeno clínico de inmenso valor ya que ésta comprende todas las respuestas emocionales del

analista hacia su paciente. Las reacciones emocionales que se generan en el contacto con el paciente ayudan a la comprensión analítica. Los aspectos personales del analista también forman parte de la contratransferencia y son parte de la interacción por lo que no se deben evadir. Es necesario que el analista se mantenga atento para identificar su resonancia, ya sea positiva o negativa con el paciente. En la interacción, ambas partes experimentan sentimientos. Se requiere de concentración y sensibilidad para seguir la emocionalidad del paciente. Esta idea nueva de contratransferencia no debe servir para que el analista deje de someterse a un escrutinio emocional personal, sino para que enriquezca en la práctica a medida que explore y discrimine sus reacciones emocionales dentro del proceso interaccional.

Otros autores como Kohut (1990) ponen el énfasis en la relación y en la empatía. Él señala que este término de empatía se refiere a la comprensión del terapeuta de las necesidades que tiene el paciente. Habla de un “resonar empático” en donde entran en juego todos los sentidos (visual, auditivo, táctil) y que permite que se establezca cierto tipo de transferencia. En el caso de la terapia familiar, Andolfi (2003) señala también la importancia de la empatía y la resonancia antes de cualquier técnica. Dice “...la empatía en el psicólogo relacional debe ser una verdadera y real disciplina que le permita mejorar continuamente su modo de vivir la experiencia interactiva, afinando su capacidad de selección, percepción y comprensión” (Andolfi 2003, p. 184). Para él, también la empatía está relacionada con el comprender, que no es lo mismo que entender, ya que este término significa participar con el otro no sólo en sus manifestaciones externas sino en sus estados emotivos que lo acompañan. Según Baldaschini (2002) es la sincronía con el otro y el constante monitoreo de la interacción

lo que constituye la vía para el proceso evolutivo. No se trata, dice Andolfi, de confundir este término de empatía con el de “confundirse o fundirse con el otro” ya que existe una distancia emotiva indispensable que tiene como objetivo instaurar formas de independencia, mas maduras y satisfactorias.

También da importancia al término de “resonancia emotiva” como lo señalé anteriormente ya que este resonar permite acceder a niveles emocionales. “Las resonancias son aquellas uniones particulares que se constituyen por las intersecciones de elementos comunes a diversos individuos o sistemas humanos” (Elkaim, 1996). Esta resonancia parece tener factores comunes entre el terapeuta y el paciente o la familia y establecen momentos únicos e irrepetibles. Tomar en cuenta esta resonancia sirve como herramienta terapéutica para hacer redefiniciones.

Recapitulando ¿cómo entran en juego el sistema terapéutico con la autonomía?

En un inicio del tratamiento existe una necesidad de la familia o el individuo de ser acompañado por el terapeuta para entender y resolver sus conflictos. Se toma una decisión personal de depender por un tiempo de un espacio terapéutico que brinde la posibilidad de conversar, analizar y reaprende sobre situaciones aprendidas hasta ese momento.

Los autores que revisé en este capítulo coinciden en que en este sistema se desencadenan multiples procesos que van en contra de lo que se viene buscando.

Parte de la autonomía del paciente es que logre reconocer y responsabilizarse de las cosas que le suceden. Un proceso contrario a esto es cuando terapeuta y consultante, generan una dependencia con poca utilidad terapéutica. ¿A qué me refiero con esto? A situaciones en donde la balanza se inclina a mantener roles y

comportamientos que terminan por romper el encuadre necesario para el cambio. Colusiones, triangulaciones, falta de jerarquía, pérdida de límites se repiten en la situación terapéutica, sin ser detectadas por el terapeuta y llevadas a un estancamiento del proceso de cambio.

Cuando se adopta una posición cercana al consultante, Minuchin se refiere a la comprensión de la situación por la que pasa la familia o el consultante y no seductoramente cercano para que la familia lo acepte. Cuando se cuestiona la realidad familiar a través de preguntas y observaciones no significa que el terapeuta imponga otra forma de ver el síntoma ni tampoco planteé una verdad absoluta de cómo son las cosas sino que se invita a redefinir la situación problemática.

Bowen señala la importancia de analizar el proceso emocional que se da entre la familia o consultante y el terapeuta. No analizar las respuestas emocionales de ambos impide diferenciar el sí-mismo de cada uno de ellos.

Andolfi, Boszormenyi-Nagy y autores con otras corrientes teóricas hacen hincapié en la intersubjetividad, la empatía y la resonancia emocional que permite hacer del proceso terapéutico algo único e irrepetible.

La relación entre sistema terapéutico y autonomía es precisamente poder ofrecer un espacio de “aprender a aprender” relaciones más autónomas basadas en el modelaje de la relación terapeuta/consultante.

REFLEXIONES FINALES

A lo largo de este trabajo he tenido el propósito de ofrecer una comprensión sobre el proceso de la autonomía. La propuesta ha consistido en exponer una perspectiva del tema desde diferentes puntos de vista: intrapsíquico, familiar, social, cultural y de género, donde se profundiza en la posibilidad de distintas miradas sobre este proceso, en el intento de poder ampliar y complejizar su análisis.

Las diferentes ideas presentadas a lo largo de los capítulos desarrollados, no abarcan la totalidad del tema, sino más bien, abren a otras reflexiones que pueden ampliarse con aportaciones de diferentes disciplinas como la Sociología, la Antropología, o con otras corrientes epistemológicas dentro de la misma Psicología en trabajos futuros.

Las preguntas iniciales sobre el tema de autonomía me han llevado a diferentes conclusiones que iré desarrollando.

Me pregunté si la autonomía se logra como algo natural e innato en el ser humano. Me contestó que no. ¿por qué no? Porque pensar que la naturaleza biológica se desarrolla aislada de una sociedad y una cultura es un error. Es como pensar que el niño logra su autonomía solo por su desarrollo biológico que le permite caminar y desplazarse a otros lugares; mas bien se puede pensar que hay un desarrollo biológico que va permitiendo que el niño vaya ampliando su mundo y sus habilidades como caminar o alimentarse por sí solo y que al mismo tiempo este desarrollo se acompaña de la socialización, del contacto con la cultura, sus reglas, tradiciones y rituales que van dando paso a otras etapas como por ejemplo, el paso a la adolescencia, el matrimonio, etc.

Mahler (1995) por ejemplo, señala que existe un componente constitucional que va llevando a la persona a obtener logros en la separación e individuación. El desarrollo motor le permite abrir espacios alejados de la madre. El poder caminar y desplazarse por su propio pie genera una primera sensación de autonomía. Pero ¿qué significa esto para la madre? En la relación madre/hijo la conducta y el deseo de separarse provoca diferentes emociones, que pueden ir, desde la alegría de que continúe teniendo logros propios o angustia ante el desarrollo de un niño que va a dejar de ser bebé. Comento una situación con respecto a esto.

Me consulta una mujer de 40 años quien tiene un niño de 6 años que no ha desarrollado el lenguaje. Me dice que lo han llevado a diferentes terapias pero que el niño no ha mejorado y que no le han dado un diagnóstico específico, sin embargo sí han descartado problemas auditivos y neurológicos. Tuvimos solamente una sola sesión. En esta sesión ella me dice que el niño está “sumamente pegado a ella”. La controla todo el tiempo haciendo que sea ella quien lo alimente, lo lleve al baño, y así otra serie de actividades que ya podría hacer por sí mismo. Para la familia sigue siendo el bebé de todos. El padre refuerza esta situación fomentando las conductas infantiles del niño. En el kinder se han presentado situaciones en donde la maestra tiene que hablarle a la madre ya que el niño no come y está obstinado en no ir al baño si la madre no está presente. Me pregunté ¿qué hace que este niño no logre separarse de la madre? ¿qué significado tiene para la familia seguir teniendo un bebé en casa? En el desarrollo individual el niño fue hospitalizado a los 10 días de nacido debido a fuertes temperaturas. Duró varias semanas conectado a diferentes aparatos. Esto generó en los padres mucha angustia y la vivencia de que el niño podría morir.

Mahler (1995) señala que existen factores externos que tienen un gran impacto en la estabilidad del vínculo emocional entre el niño y la madre. La relación que se estableció a partir de este evento fue de sobreprotección todo el tiempo. Pero ¿qué otros factores han intervenido en la evolución de este niño? Él es el más chico de cuatro. La pareja pasaba por una situación conflictiva al grado de pensar en divorciarse cuando ella queda embarazada. Con el nacimiento de este niño, la pareja continúa junta. Me pregunto si el síntoma de este niño ¿permite retener a la familia unida? ¿si el niño crece y logra una autonomía significa no más bebé que retenga? No lo sé, ya que no hubo un proceso terapéutico para averiguarlo. Sin embargo estas preguntas invitan a pensar que en el proceso de separación/diferenciación contribuyen además de las cuestiones innatas y físicas otros factores externos como momento de vida, estrés familiar, procesos de homeostasis, estructura familiar, entre otras, que favorecen o bloquean este logro.

En la adolescencia, se piensa también en los procesos de autonomía. ¿Qué se espera del joven desde la familia y la cultura? ¿cuáles son los dilemas que tiene que sortear en su adolescencia?.

Peter Bloss (1981) señala que hay un proceso interno que se sigue desarrollando en relación a las figuras infantiles idealizadas. Para él, el impulso de madurar genera cambios psíquicos. Estos cambios se van reflejando en conductas externas en donde el joven se muestra cada vez más responsable de sus decisiones y acciones. Sin embargo hay un elemento importante en esta fase que es la ambivalencia en donde hay fuerzas contradictorias en relación a lo que se piensa, se hace y se siente. ¿qué

pasa cuando el joven se queda huérfano de figuras de autoridad? Bloss señala que en la actualidad, algunos padres presentan actitudes y estilos mucho más juveniles entre los pares de sus hijos, que las que presentan los propios hijos, que no ayudan mucho a la diferenciación con ellos.

Existe otra línea de reflexión con respecto al proceso de autonomía en la adolescencia que es la relacionada con situaciones reales de alejamiento de los padres en esta etapa. Si el yo del adolescente no está lo suficientemente fuerte para resolver los conflictos relacionados con la separación y la pertenencia ¿cómo impacta esta situación al desarrollo de la autonomía?. Comparto el siguiente caso: Consulta la madre de una chica de 12 años debido a que su hija está presentando la conductas de lastimarse las muñecas. La madre está muy angustiada y no entiende qué pasa con ella, además de temer que llegue a lastimarse fuertemente. En la primera sesión llegan los padres y la hija. La adolescente está seria y callada. A lo largo de la sesión la madre comenta que ambos padres trabajan en la ciudad de México desde hace dos años. Esto modificó la dinámica familiar ya que desde entonces sus dos hijos (12 y 14 años) se quedan solos en casa toda la semana en Pachuca, hasta que ellos pueden ir el fin de semana. Mientras la madre me relata la situación la chica llora amargamente. Se ve no solamente callada, sino triste y bastante deprimida. A lo largo de esta sesión, en palabras de ella me dice que por un lado ha aprendido a hacer lo que le toca, ya sea recoger la casa, ir a la escuela, lavar su ropa e irse a casa de la tía a comer pero por el otro está triste, se siente sola, extraña a su madre y quisiera que ella regresara a casa a cuidarla y a hacerse cargo de ella. A veces invita a una prima de seis años con ella y juegan a la mamá y la hija y esto la hace sentirse mejor. El padre interviene diciendo

que él tuvo que hacerse cargo de su vida desde los siete años ya que vivía en una ranchería y migra a la ciudad de México para estudiar y trabajar desde esa edad. Desde entonces se ha valido por sí mismo. La madre, por otro lado, sufre igual que la hija, en palabras de ella me dice que se pasa angustiada toda la semana, tiene insomnio, solamente está pensando cómo estarán sus hijos. Al preguntar por el hermano de 14 años, la madre me dice que está preocupada porque teme que “se haga vago o se meta a las drogas”.

Esta problemática muestra diferentes situaciones que se entrelazan. Está el punto del desarrollo adolescente. El juego de la chica con la prima pequeña sirve como ejemplo del dilema a resolver. La adolescente se enfrenta con la parte infantil de ella misma y al mismo tiempo trata de identificarse con conductas más autónomas. Paralelamente a esto está el vínculo entre la madre y la hija. Ésta es la confidente de todas las angustias y problemas que la madre sufre con respecto a sus trabajo y con respecto a su pareja. La chica queda cargando la problemática de pareja. Sus diferentes roles dentro de la familia le dificultan la diferenciación. Este ejemplo se enlaza con la idea de que la autonomía es un proceso que va sorteando factores que inciden en la resolución y complejización de dicho proceso, es decir, no solo se toman en cuenta actitudes en formas de vestir o divertirse, sino que también entran otro tipo de procesos transicionales como migraciones, separaciones, divorcio o familias monoparentales.

Bloss (1981) señala que en el adolescente no sólo las dependencias emocionales deben de ser tomadas en cuenta para entender este proceso sino también el ambiente que impone un desafío para adaptarse a éste.

Junto al estudio del tema de la autonomía, se han presentado en la consulta, casos que me han permitido entrelazar las ideas presentadas aquí. En el trabajo con parejas, ha sido interesante ver la importancia que el tema de la autonomía cobra a lo largo del ciclo de familia. Haley y Minuchin han señalado la importancia de la reorganización a lo largo de las diferentes etapas del ciclo familiar. Minuchin dice que los miembros del sistema familiar van teniendo un sentido de pertenencia y también un sentido de separación e individuación y que es importante que cada persona del sistema pueda negociar la autonomía e interdependencia que promuevan su desarrollo psicosocial, al mismo tiempo que introyecta un sentimiento de pertenencia. El tema de los límites facilita o dificulta la diferenciación.

En la etapa del desprendimiento, el proceso de la autonomía está ligado a la capacidad de mantener distancia y cercanía respecto de la familia de origen y también, dentro de la pareja, conservar su identidad personal. Bowen (1979) coincide con Minuchin (1981) en que a veces se presentan separaciones bruscas con respecto a la familia de origen sólo como defensa ante apegos emocionales no resueltos. El concepto de diferenciación de sí mismo que plantea Bowen (1979) queda aplicado tanto para el trabajo terapéutico con familia como con parejas. Bowen señala que en el caso de parejas, permitir que se exterioricen y separen las ideas de cada cónyuge con respecto a la relación, facilita que se avance hacia la diferenciación del propio sí-mismo con el sí-mismo del otro. Para ejemplificar esto, presento el siguiente caso. Llega a consulta una pareja joven. Vienen porque en palabras de ellos, el alcohol les está haciendo mucho daño. Cuando toman se ponen mal, se agreden y llegan a ser violentos. Él tiene mucho miedo de perderla. Durante las primeras entrevistas, ella

comenta que se siente sofocada en la relación, piensa que hacen todo juntos y esto la tiene muy asfixiada. Dice que él no puede hacer nada sin ella y que necesita sus propios espacios, mismos que no tiene ya que todo el día están juntos, trabajan juntos, viven juntos y todo lo que planean es en pareja. Él por su lado comenta que cuando ha querido tener espacios propios, ella se angustia y trata de disuadirlo argumentando que es peligrosa la ciudad e insegura.

Para esta pareja la diferenciación es algo muy angustiante. Poder proponer espacios propios para desarrollarse los pone inseguros. Los límites entre ellos y las familias de origen tampoco son muy claros. En relación a las familias de origen, los padres de ella se divorciaron cuando era pequeña. El divorcio fue problemático impidiendo que ella viera a su padre. La relación entre madre e hija durante muchos años fue muy cercana; sólo pueden separarse a través de pleitos. Ella señala que la madre le ha dicho que todo lo que ella ha hecho ha sido para darle lo mejor, que ha sacrificado su vida por ella. Cuando ha tratado de diferenciarse de su madre, ésta la señala como traicionera. En la familia de origen de él, su padre muere cuando tenía 10 años y siendo el hijo mayor, se sintió responsable de la familia. En palabras de él me dice “ Yo dejé de ser el niño de 10 años para ser el apoyo de mi mamá a la hora de cuidar a mis hermanos. Ahora yo era el ejemplo a seguir. Perdí seguridad no solo económica, sino también familiar”.

La pareja tiene dos años de vivir juntos. Se conocieron y a los dos meses se fueron a vivir juntos. Él dice que no se había casado porque no había encontrado al amor de su vida. Ella venía de otra relación de dos años, en palabras de ella “bastante simbiótica”. Al terminar cae en una fuerte depresión.

La terapia familiar señala procesos interpersonales que dificultan la autonomía, ya sea por estructuras familiares rígidas, roles parentalizados, triangulaciones, lealtades que imposibilitan la diferenciación y límites difusos.

En el caso de esta pareja, dentro de ellos existe una inseguridad de estar bien si se separan y se diferencian; es como si no tuvieran una plataforma en donde poner los pies. La separación es muy angustiante y ni siquiera se preguntan si desean o temen tener espacios propios. Cuando uno propone un espacio diferente, el otro se llena de miedo de que algo le puede pasar o le permite separarse siempre y cuando mantengan una vía de conexión ya sea a través del celular o algún otro medio. ¿Cómo ir tejiendo el tema de la autonomía en este ejemplo? Pienso que en el “contrato emocional” él la cuida, protege, orienta dirige pero también controla. Esto se ve en conductas como llevarla a todos lados, desanimarla en buscar un trabajo, llamarla constantemente a su celular cuando ella está en otro lado, desear hacer las cosas juntos como ir al gimnasio, venir a terapia de pareja. Ella por otro lado sabe que él no hace cosas sin ella por lo tanto aunque por un lado le gustaría que se “relajara” por el otro, esto le asegura que él no se va a separar ni la va a dejar. Cuando él propone alguna actividad personal, ella lo desanima poniendo el tema de la inseguridad y el peligro de esta ciudad. Esta relación es inconciente y egosintónica. Pero ¿qué los lleva al conflicto? ¿por qué vienen? Por una parte, está el estrés, porque al mismo tiempo que esta relación satisface deseos y necesidades de ambos (tener a quien proteger y tener alguien que no me va a dejar) asfixia y cansa. Él bebe cuando no puede dar más de lo que tiene y se le exige y ella bebe cuando se asfixia de la relación. El alcohol es lo que

les permite agredirse y en la agresión se separan y esto les sirve de alivio. Es solo a través del pleito que logran abrir un espacio dándoles una “ilusión” de autonomía.

El tema de la cultura y el género en relación a la autonomía también lleva a varias reflexiones. El proceso de socialización que señalan McGoldrick (1980) y Walters (1991) muestran las diferencias en la crianza de hijos e hijas. El niño y la niña introyectan estilos de relación, conductas y valores de acuerdo a su género. Esto hace que la autonomía sea vivida de forma diferentes para cada uno. En México, se mantienen los vínculos familiares a través de la responsabilidad y el cuidado de los padres, los hijos y la pareja. Otros factores, como los señalé en este trabajo, retardan la salida de los hijos del hogar. Tomando en cuenta la cultura y la socialización, la autonomía puede tener diferentes lecturas. Mantenerse dentro del hogar puede deberse a dificultades económicas y sociales por las que atraviesa nuestro país, falta de oportunidades escolares y laborales, altos costos de espacios independientes del hogar de origen, entre otros y no solamente por una cuestión cultural o por falta de autonomía.

Finalmente, ¿cómo vivimos los terapeutas este proceso autónomo? Desde mi punto de vista, no sólo la autonomía se alcanza desde la diferenciación de uno mismo con el otro en el espacio terapéutico; también tiene que ver con una libertad de individualizarte ante posturas epistemológicas. Las diferentes formaciones académicas tienen líneas de pensamiento base, por ejemplo las ideas psicoanalítica, sistémica o relacional, en fin, múltiples posturas. Dentro de las Instituciones en donde nos desarrollamos ¿qué

tanto logramos una diferenciación de ideas o técnicas terapéuticas entre nosotros sin perder la pertenencia? ¿cómo se viven las colusiones dentro de los sistemas institucionales? ¿qué angustias se viven al plantear puntos de vista diferentes? ¿realmente enseñamos desde una visión más compleja?

Las ideas de Stierlin acerca del “con” y “contra” pueden ser aplicadas para responder a esto. Él dice que en la individuación logras limitarte frente a otros individuos, reconociendo necesidades, sentimientos, ideas y expectativas propias y por lo tanto diferentes y al mismo tiempo mantienes conexiones con el consenso social o institucional. Esto pensado desde una responsabilidad en el pensar, hacer y actuar terapéutico. Dentro de las instituciones no se logra una autonomía individual aislada del consenso; poder tener posiciones contrarias o posturas diferentes desarrolla y consolida sentimientos de identidad. Esto también puede entenderse como autonomía terapéutica.

Por último, en el caso de la propuesta de una Terapia Individual Sistémica, desde mi punto de vista, lo que enriquece este modelo es poder tener un espacio en donde se pueda modelar y reaprender sobre situaciones que integran aspectos internos de la personalidad, situaciones familiares, momentos de vida, aspectos de género, entre otros.

BIBLIOGRAFIA

Andolfi, Maurizio (2003), *Manual de Psicología Relacional. La Dimensión Familiar*.
Coorporacion Andolfi Gonzalez. Accademia de Psicoterapia della Famiglia.

Andolfi, Maurizio(2003), *El coloquio Relacional*. Paidos . España

Blos, Peter.(1981), *La Transición Adolescente*. Ed. Amorrortu. Argentina.

Blos, Peter.(1971) *Psicoanálisis de la Adolescencia*. Ed. Paidos. Madrid.

Blos, Peter.(1980), *Los comienzos de la adolescencia*. Amorrortu. Buenos Aires.

Bowen, Murray. (1979), *De la familia al Individuo*. Paidos. Roma.

Boszormenyi-Nagy, Ivan. (1973), *Lealtades Invisibles*. Amorrortu. Buenos Aires.

Burin, Mabel (1998), "La relación entre padres e hijos adolescentes" en Burin Mabel y Melen Irene. *Género y familia*. Poder, amor y sexualidad en la construcción de la subjetividad. Editorial Paidos. Buenos Aires.

Elkaim, Mony (comp).: *La terapia familiar en transformación*. Editorial Paidos.
Barcelona.

Estrada Inda, Lauro (1997), *El ciclo vital de la familia*. Editorial Grijalbo. México.

Erickson, Erick. (1968), *Infancia y Sociedad*. Ed. Hormé. Buenos Aires.

Erickson, Erick.(2000), *El ciclo vital completado*. Paidos. Barcelona.

Falicov, Celia. (1991) “Contribuciones de la sociología de la familia y de la terapia familiar al esquema del desarrollo familiar: análisis comparativo y reflexiones sobre las tendencias futuras” en Falicov Celia (comp) en *Transiciones de la Familia. Continuidad y cambio en el ciclo de vida*. Amorrortu Editores. Argentina.

Ferrater, Mora J (1994). *Diccionario de Filosofía*. Ed. Sudamericana. Buenos Aires.

Fortes, Jaqueline (2009) “Errando por los caminos del terapeuta” en *El terapeuta y sus errores: reflexiones sobre la terapia*. Trillas, México.

Haley, Jay.(1980), *Terapia no convencional*. Ed. Amorrortu. Buenos Aires.

Hernández, Onécimo, (2000). *La familia y las niñas de la calle*. Un acercamiento. Psicología Iberoamericana. México.

Kohut, Heinz (1990), *¿Cómo cura el análisis?* Paidos. Argentina

Mahler, Margaret(1990), *Estudios 2. Separación-Individuación*. Paidos. Argentina.

Mahler, Margaret, Pine, Fred, Bergman, Annie (1995), *El nacimiento psicológico del Infante Humano*, Enlace Editorial, S.A. de C. V. Argentina.

McGoldrick, Mónica. (1980) "El ciclo de vida familiar y la terapia familiar: un panorama general" en McGoldrick and Carter Elizabeth: *The family Life Cycle: A framework for Family Therapy* .

McGoldrick, Mónica. (1991), "Women through the family cycle" en "*Women in Families*".

McGoldrick, Anderson y Walsh. W..W. Norton & Company, Inc.

Minuchin, Salvador, Lee, Wai-Yung, Simon, G. (1998): *El arte de la terapia familiar*.

Paidos. Barcelona.

Minuchin, Salvador,Nichols, Micheal P (1994). *La recuperación de la familia* Paidos.

Barcelona.

Minuchin, Salvador y Fishman, H.C. (1981) *Técnicas de terapia familiar*. Paidos.

Buenos Aires.

Minuchin, Salvador. (1974) *Familias y Terapia Familiar*. Ed. Gedisa. Barcelona.

Moliner, Maria (2008). *Diccionario de uso del Español*. Editorial Gredos. Madrid.

Papalia,Diane, Olds, Sally, Feldman, Ruth (2005), *Desarrollo Humano*, McGraw Hill.
México

Stern, Daniel.(1991), *El mundo interpersonal del infante*. Paidos. Argentina.

Stierlin, Helm.(1994), *El individuo en el sistema*. Ed. Herder. Barcelona.

Walters, Marianne, Carter,Betty, Papp Peggy, Silverstein Olga (1991) “Hacia una perspectiva feminista en la terapia familiar” en Watlers,Mariane, Carter,Betty, Papp Peggy, Silverstein Olga: *La Red Invisible*. Pautas vinculadas al género en las relaciones familiares. Paidos. Barcelona.

FUENTES ELECTRONICAS

Encuesta Nacional de la Juventud (2005) realizaza por el Instituto Mexicano de la Juventud recuperada el 20 de junio del 2011 de <http://www.conadic.salud.gob.mx>